

MIGUEL A. MONTALVO

Películas de Viaje

1931

IMPRESA LA REFORMA-51147
EDITORIAL JOUVIN-GUAYAQUIL

(1) MI RETRATO

Señor director:

Tuvo Ud. la galantería de pedirme mi retrato, para publicarlo en *La Raza*, sin merecerlo yo. Allá va, pero a pluma: si no sé hacer ni una mala línea de dibujo; creo que sí sé trazar rayas de letras, aunque patojamente, desde que aprendí a escribir el abecedario... Un retrato a pluma, tiene mayores ventajas y merecimientos que un retrato a Kodak. Ya que no he puesto mi persona, delante de una lente fotográfica, en estos últimos tiempos, para que reproduzca mi *VERA EFIGIE*, la pongo hoy, delante de unas cuartillas de papel, en las que garabateo letras, para plasmarla, con sus facciones físicas, si no bellas, pulcras y gallardas, como las de Alcibíades, tampoco blasfemias de la estética, como las de Esopo, para que surja mi yo íntegro, con sus facciones espirituales y morales más bien deprimidas que abultadas.

Queda dicho que un retrato a tinta y pluma, hecho con garabatos de letras, es incomparablemente superior a uno a Kodak, porque la gelatina de la placa fotográfica, reproduce las líneas, reproduce las facciones, reproduce el gesto de la persona, pero fríos, helados, muertos, sin colorido alguno, mientras que la escritura hace facciones vivas, colora las carnes y les da calor, pone tonalidades, en el gesto, muestra el al-

ma, en los lineamientos, dibujando los relieves de una pena, las lobregueces de un dolor, la silueta de una sonrisa, los claros matices de una alegría, acaso el QUID DIVINIUM del hombre en sí. La Kodak reproduciría la parte material de mi persona, embutida en elegantes trapos, de continuo; pero no, mi cuerpo alto, un sí es, no es grueso, adelantando por el mundo, a pasos lentos, a pasos de ritmo de verso alejandrino, menudos y garbosos, de costumbre, despertando recelos en los heridos por mí, en los torneos de la pluma, o en las lizas del foro, o avivando simpatías, cariños y ternuras, en quienes cuyos dolores he llorado, cuyas hambres he calmado, cuyas modalidades consonantan con las mías.

El ojo de la Kodak, transmitiría a la gelatina de la placa, mi rostro sin arrugas, fresco y morenín, mi rostro afeitado siempre, por la madre Naturaleza, de carrillos ligeramente ovalados, de frente espaciosa y sin surcos; pero no la leve chapilla de carmín, pero no los fulgores de alegría en que suele iluminarse en el raudo minuto de fiestas de mi corazón, pero no las sombras amargamente tristes, del luto de mi espíritu, como la pluma. Transmitiría mis ojos pequeños como dormidos debajo del arco simétrico de un remedo de cejas; pero no el tinte pardusco de ellos, ni su tristeza infinita, ni la dulce mentira de sus guiños; pero no el encenderse en ira santa, en presencia de una mala acción, ni el tornarse globos ígneos, reventando en explosiones de indignación sobre los malhechores de la política, sobre los malhechores del foro y los prevaricadores de la justicia.

Sólo es dable a la pluma, dibujar fielmente, el rictus de mi boca, no como el maligno de Voltaire, sino de ironía de epigrama delicado; sólo es dable a la pluma dejar oír, en el silencio de las combinaciones del abecedario, el sonido de la catarata iracunda de palabras que brotan de ella, en frases lapidarias y en cláusulas de fuego, cuando en la tribuna del parlamento, purifica, como llama, las conciencias de quie-

nes, a título de gerentes de la Nación, entran a sacar los caudales de la República o, mistificando los principios del partido—luz, defraudan las aspiraciones de la democracia.

La cartulina no reproduciría mi voz dulce, como un suspiro, triste como una elegía, resonante como látigo, cuando consuela a los desheredados de la fortuna, cuando se duele del pesar ajeno, cuando castiga villanos, amparada siempre por los prestigios de la verdad, como la pluma.

También la pluma puede dibujar como la fotografía, mi nariz recta y firme, plantada sobre un bigote pobre de pelos, de guías, no como las del bigote del destronado Kaiser alemán, que apuntan insolentemente a las estrellas, sino rizadas con cierta coquetería de hombre donjuanesco, no obstante la aurora de las canas que principia a despuntar en él.

La Kodak revelaría mis cabellos canos, peinados a lo María Estuardo; pero no diría como la pluma, no que años largos de vida, sino la vida dura que viví, vida de lucha perenne con mis infautas estrellas, reveló y seguirá revelando mis ocultos infortunios en las canas de mi cabeza, al llevar mi cruz a cuestras en silencio y con resignación de justo, sin quejarme ni maldecir ya que

Mordiendo sangrienta espuma,
Llevo al Calvario mi cruz,
Y aunque voy a tientas, ciego,
Palpando en la densa bruma,
¡Ni de mi suerte reniego
Ni pido luz!...

Sólo a la pluma toca modelar en el papel, sin ambajes, ni rodeos, ni jactancias, ni modestias hipócritas, mi corazón formado en las turquesas del bien, para hacer el bien, únicamente por amor al género humano, mi corazón nacido para coronarse de lágrimas en presencia de las lágrimas aje-

nas, tan sólo por humanidad que es la santa simpatía del dolor a los ajenos padeceres, mi corazón que puso un pinchelazo de su ser, cuando dijo:

Yo sigo en las cosas,
Tus huellas divinas,
¡Oh Cristo silente!; mi pecho se enluta,
Si el bien no practico; si nardos y rosas,
No alcanzo que broten, sangrientas espinas,
¡Jamás he querido, de nadie en la ruta!

Y Cristo sufrido,
Cual tú la quisiste, también la he querido
Y quiero a la prole de Adán desgraciado;
Cual tú por haberla, yo sérvido amado,
¡De muerte, en el alma, Jesús, voy herido,
Y llevo, cual llevas, abierto el costado!

...En la cartulina podrían ver mis manos de dedos enjogados con brillantes, pero no cuando se enjoyan con la perla de Golconda del pañuelo que enjuga lágrimas, en los ojos que lloran infortunios; pero no, en los momentos de suprema ansiedad, cuando asidas al padre, al hermano, al marido, al hijo, aparentemente culpables, pero inocentes, en verdad, los arrancan de manos del verdugo, en la tribuna forense y se los devuelven a la sociedad, purificados, cuando se les reputaba ya, carne podrida de presidio; en la cartulina podrían ver mis manos, casi pequeñas, sin importancia estética, pero no la dulzura temblorosa y semisagrada, en que se bañan, cuando trazan sobre las inocentes cabezas de mis dos hijos, el signo de la cruz, como aspiración suprema de que la felicidad les cubra con sus alas.

Las revelaciones del mundo interior, con sus noches estrelladas, a veces, en ótras, tenebrosas y amargas, con sus mañanitas rosadas y sus tardes apacibles, con sus horas de tormenta y sus paisajes dantescos y sus terremotos y sus eclipses y sus volcanes en erupciones de ira y sus celajes risueños y su sol de oro, sólo es propio del retratar de la pluma, copiándolos de mi espíritu.

La fotografía no podría copiar mis luchas con el destino; pero sí la pluma. Sólo ésta es capaz de reproducir el cuadro en el que sobrepuesto al destino, le mantengo con los homóplatos en tierra, incapacitado para herirme y amargar-me más, como puede verse cuando canto:

*Silente y solitario me voy por el camino,
Sin sombras de mi vida, buscando ya el capuz...
¡Y mártir del Destino, de pies contra el Destino,
Sus iras cambio en versos de mieles y de luz!*

*¡Ah nunca nada puede jamás el negro sino,
En contra de las almas rebeldes, que la cruz,
En donde, entre clamores, dió término el Divino,
¡En vez de alzarla al hombro, conviértela en pajuz!*

*Graznando augurios tristes, así que yo nacía,
Batió sobre mi cuna, las alas una arpía
que puso entre cadenas, mi espíritu después...*

*Mas yo para vengarme de mi perverso arcano,
Risueño, las cadenas, transformo con mi mano,
En rosas que las tengo, sumisas a mis pies.*

Dejo trazadas estas líneas, para el croquis de mi persona entusiasta y fogosa en la conversación, exaltada, en el

EXORDIO

Un nuevo libro de impresiones de viaje, puede importarle mucho a la curiosidad, y no importarle nada a la literatura.

Si este libro exciterba la curiosidad, sea enhorabuena; aunque la literatura no lo tome a su cargo; pero tómelo o no, vamos a dibujar en él, todas las huellas de nuestro paso por la ruta; vamos a copiar en él, cuanto en nuestro viaje para Europa, nos produjo una emoción.

Nadie puede oponerse a que hagamos croquis y dibujos, de cuanto existe en nuestra alma y nuestro yo, porque somos dueños de las huellas del sendero que hollamos en el viaje.

Nadie puede oponerse a que retratemos, en este libro, las fisonomías de las cosas que desfilaron delante de nuestros ojos, abriendo caminos en nuestro espíritu y dejando, en ellos, rastros de añejas costumbres o hábitos nuevos de agrupaciones de humanidad, de pueblos presentidos, dejando, en ellos, dibujos de montañas multiformes, perfiles de urbes gigantescas, coloridos de enormes multitudes y gestos de inmensos mares...

Reproducimos, en este libro, todos los sonidos del teclado de nuestra alma, herido por las quejas de las rosas

II

tronchadas por la pulpa sonrosada de dedos femeniles; herido por los rumores de fontanas y arroyuelos, por diálogos de pájaros enamorados, por zumbidos isócronos de insectos que peregrinan en las breñas; herido por cascadas de besos crepitantes o por aullidos de huracanes desatados...

Trasladamos a las páginas de este libro, las luces y policromías atrayentes del pecado, y las austeridades milagrosas de la virtud...

Hicimos PELICULAS DE VIAJE, de cuanto vimos, oímos y palpamos, procurando *filmar*, en ellas, todo lo que pasó por la retina y cuanto en el hombre hablaba...

¿Por qué no dar a la estampa, los cuadros de estas cintas de cinema, en frases fragantes que han de perfumar el corazón de los que pasen por las paralelas de este libro?

¿Por qué no dar a la publicidad, las sonoridades de las bellezas del paisaje visto por nosotros, para los que las saben oír en el mutismo de las combinaciones del abecedario?

Procuramos iluminar las páginas de este libro, con brillos de teatros, y parques, alamedas y *bulevares*, con cuanto en la gelatina de nuestro espíritu, dejó su rutilante y fugaz imagen.

¿Que fueron escritas ha mucho tiempo, las páginas de esta obra?

¿Quién dice que no?

Con todo siempre es de actualidad un libro de impresiones de viaje, por los recuerdos que atesora, por los datos que conserva, por las ilusiones que revive, y los cuadros que restaura y las curiosidades que ilumina...

III

Las cuartillas de PELICULAS DE VIAJE han estado, en informe hacinamiento, largo rato, de pasto de ratones, pelillas y otros bichos.

Muchas de ellas han desaparecido devoradas, en el festín macabro.

¿Qué digestión tendrían esos animalejos, después del hartazgo de PELICULAS DE VIAJE?

La sabrosidad de un idilio, la hermosura de un panorama, el dulce encanto del brillo de las cosas, dan siempre malas digestiones a los brutos. . .

Antes de que los susodichos animalejos, devoren totalmente las cuartillas de PELICULAS DE VIAJE, publicamos las pocas que se han salvado de la muerte.

Gran parte de ellas, de Alemania, casi la totalidad de las de Francia; no existen ya.

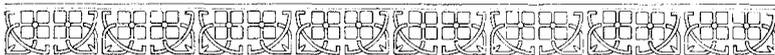
¿Rehacerlas?

¡Tontería!

Recojemos, con amor, en este libro, las que se han salvado del festín de los roedores, y aunque muchas se encuentran mutiladas, las damos a la stampa, porque siempre han de despertar alguna idea de visiones de belleza.

Entregamos PELICULAS DE VIAJE, a la curiosidad; pero no busque ésta, ni filosofías austeras, ni gravedades científicas; busque sólo, la ligera, la rauda sucesión de cuanto anotamos, siquiera superficialmente, en nuestra cartera, mientras anduvimos el camino, desde que abandonamos Guayaquil, hermoso, primer puerto ecuatoriano, hasta que retornamos al Ecuador. Esta obra es pues para los devotos de la frivolidad: los que amen el cinema, que lean este libro.

EL AUTOR.



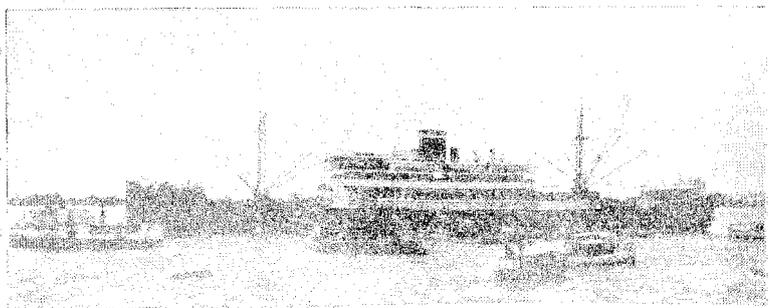
I

¡SALVE, ESTRELLA DEL CORAZON, OH SALVE PATRIA!

La tarde está clara, la tarde está azul...

Estamos a bordo, en espera de la partida...

Hace la señal el piloto al carpintero, para levar anclas, al punto que voltejean lanchas y vaporcitos fleteros, por las vecindades del buque en que estamos embarcados, rebotando de ojos que



EL adiós de la partida

lloran por los deudos que se van; rebotando de brazos que se abren y se cruzan sobre el pecho en fe de afectuosa despedida; rebotando de manos que agitan pañuelos, portadores de besos y

esperanzas, de manos que agitan sombreros que dicen mudamente: ¡adiós!, que vuelvan pronto...

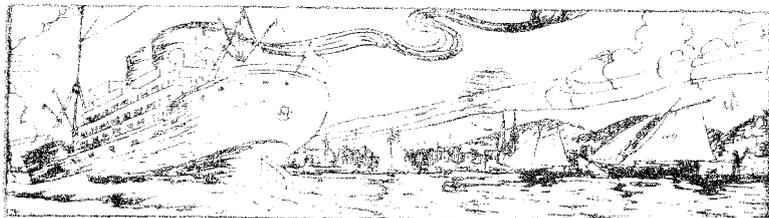
Ronca el cabrestante en el castillo de proa, y se deja oír monótonamente, el ruido informe de la cadena que se alza con el ancla, retorciéndose y crujiendo, y

“Gime el émbolo en el antro
de la máquina gigante”...

y la nave se extremece y anda...

Sí, anda lentamente la nave en que viajamos, aguas abajo, la proa al mar, atropellando en la quejumbrosa superficie del salobre y caudaloso Guayas, las siluetas, sin perfiles de los corpulentos mangles ribereños; anda, pero algo más de prisa, por entre las sombras proyectadas en esa superficie, por lo negro del fellaje, sombras más densas cada vez...

Anda, y mientras anda, las casas de la ciudad querida, instantes ha distintas, instantes ha claras, son ya manchas, sin la energía de las rectas, sin los caprichos de las sinuosidades ondulosas,



Rumbo al mar

sin la alegría del conjunto pintoresco, de ese conjunto que visto de a bordo, da la idea de que Guayaquil desciende lentamente hacia el río, desde lo alto de la crestería del montículo de Santa Ana para, en las horas de canícula, refrescarse en el cristal de las ondas que gorgoritean azotándose en las veras de la calle...

Anda... ¿en dónde estamos?

El chaaas incesante y monótono, de las olas; las recias trepidaciones de la nave; las violentas sacudidas del lecho, todo, todo acelera nuestro despertar, y la aurora, sonrisa de la inocencia de la luz, nos arranca de lo profundo del corazón atormen-

tado, un desahogo, en un suspiro, con un ¡ay patria!, romántico y lleno de ideal...

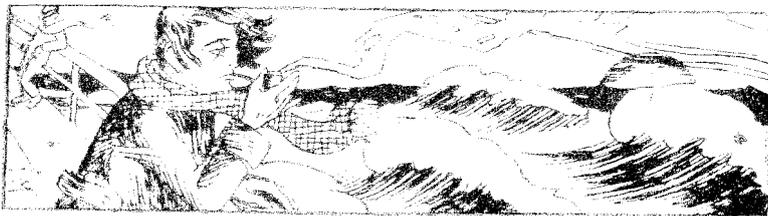
Raya el día, y desde el lecho en que aún permanecemos, evocamos dulce y devotamente, el nombre de la patria, creyéndonos fuera de los lindes de ella, porque al través de la ausencia, la patria es adorable; sus cosas, santas; sus hombres, justos; la humanidad de la propia tierra, un dechado de prestigios nobles...

Dejamos el lecho, dejamos el camarote, y salimos en busca de aire, de luz, de horizonte abierto, salimos, enferma el alma de romanticismo agudo, maltratado el cuerpo, de no dormir, de oler este olor típico de buque, de padecer esta tremenda estrechez, por tantas horas... y en la tierra que vemos, aún reconocemos la costa ecuatoriana, dibujando sus protuberancias en el lejano azul...

Nos quitamos la gorra y extendiendo el brazo a las glaucas olas, decimos como Colón: ¡tierra!, pero no como él, con temblor de alegría de ver lo que buscaba, sino con temblor de angustia de ver lo querido que se aleja...

Nos arrodillamos con el alma y, "aunque no cantamos con los audaces compañeros del vidente: *Ave maris stella*", rezamos con devoto recogimiento: ¡salve estrella del corazón, oh salve patria!...

Y mientras pensamos cariñosamente en ella, la visión se entretiene, en el plegarse y desplegar de las aguas convertidas, según las tonalidades del cielo, en olas verdinegras, en olas de morado tenue, en grandes olas de esmeralda claro, que sirven de camino...



Olas que sirven de camino

¡Ah, todo es olas, olas, olas hasta el cansancio!

¿Y en la nave?

En la nave es otra cosa... la santa monotonía, en todas partes: personas que bostezan lánguidamente, repantigadas, en los bancos; viajeros que leen algún libro, por trocitos microscópicos, estirándose en los sillones de viaje; paseantes que pasan y repasan sobre el mismo camino, acaso sin saber qué hacer de sus personas; gente malhumorada que viaja, enferma de mareo: siempre lo mismo: calma y aburrimiento, aburrimiento y calma...

En el mar, no todo es calma, ni todo aburrimiento, hay más bien en la nave zozobras crueles y espantosas y en el agua, hervores de ira...

¡Jesús, qué es esto?

¡Es la fatídica señal de "incendio a bordo"...

Los hombres de mar, corren con vertiginosa rapidez, a los pitones de las bombas, únos; a los botes de salvamento, ótros, a bajar los salvavidas y ponerlos al alcance de los pasajeros, éstos... al puesto del deber, todos... ¡"incendio a bordo"! es el grito lúgubre de la campana... ¡"incendio a bordo"! es el tartamudear del pánico...

Junto a nosotros despierta una señora enferma de nervios, con el ruido pavoroso, y lívido el semblante, lívido de livideces cadavéricas, alza las manos al cielo, buscando a Dios; las alza al azul, pidiendo misericordia, en el trance espeluznante... el instinto de madre reverbera en medio de la desesperada turbación, y aunque trastornada, por las para ella, proximidades a la muerte trágica, busca a su hijo rubio, y al encontrarlo, le abraza delirando de amor, le busca para salvarse con él o perecer entre las llamas o tragados por el mar... reza a gritos y cuando está para desvanecerse y perder el juicio y la razón, los demás viajeros, enterados del suceso y aglomerados en torno de ella, le dicen: ¡calma, señora; no es nada, calma, es tan sólo un simulacro de incendio, calma...

Es en efecto un simulacro de incendio a bordo; pero un simulacro de realidad horripilante, para personas de nervios exaltados y enfermos, un simulacro que, por la crudeza de los hechos, resulta brutal, sin aviso previo.

Y anda la nave y sobre ella andamos, como aplastado el espíritu por las dolientes pesadumbres de una elegía, pero llenos los labios de la sonoridad religiosa del ¡salve, estrella del corazón, oh, salve Patria!

II

EN LA RADA

*Panamá a la vista.—La belleza del paisaje.—La inspección a bordo.—Norte América hace tascar el freno a las naciones.—
Ante ella, todos: ¡chitón!*

Dejemos el lecho, dejemos este detestable ataúd de vivos, son las seis de la mañana, a tomar aire en el castillo de proa...

¡Panamá a la vista!

¡Qué hermoso panorama!

Parece que aún duerme el caserío, acurrucado en el recuesto de la colina de Ancón, de verde vestidura.

¡Qué hermoso panorama!, embellecido por las rientes claridades de la hora!

¡Nada es feo, en verdad, cuando el sol prodiga el encanto de sus tibias luces, invitando a los mortales, al goce de las magnificencias de la vida!

Aún duerme Panamá, defendida por el fuerte Chiriquí, de la colonia, arrullada por las sonoridades del manso mar de Balboa, custodiada por esos centinelas de granito que se han adelantado, en actitud insolente, hacia el océano, y se han diseminado en él, en grupos imponentes y gallardos, para echar ¡atrás! a quienesquiera que osaran ofenderla...

¡Qué lindo panorama!: ese vientecillo del Este, sopla con pulcra coquetería, sobre ese penacho de humo que se eleva del mismo lado, en los confines de la ciudad y lo extiende como tul blanquísimo por encima de las formas de la gentil señora, a modo de peplos protector de sus pudores... y con eso y todo ni se ven ni dejan de verse, por entre las tenues transparencias, las



Panorama de Panamá

recias musculaturas de la hija de Pedro Fernández de Córdoba, en el instante en que despierta, al trueno rimbombante de la aterradora dinamita...

Y no se espanta con la detonación del explosivo poderoso, que no son sus truenos, el rugido del soplo envenenado de la muerte, sino el quejido formidable de dolor de la abrupta cordillera que siente que Norte América le desgarrar las entrañas y tritura el espinazo, con todo el supremo vigor de sus poderosas juventudes, para unir, a despecho del mismo Dios que los quiere separados, los dos inmensos mares...

De una isla de allá, zarpa un barquichuelo, con rumbo al barco... ya llega con su carga de dos gringos rubios: ajá, este pequeñín es mister Gruver, Médico de Sanidad; este ótro, de mostachos respetables: alto, gordo, viejo muy bien conservado, es el señor Berg, ayudante del imberbe yanqui.

Ya suben el norteamericano y el noruego, al buque, con la solemne gravedad de emperadores... ya están arriba.

Los marinos, de capitán a fogonero, se ponen en fila, ¿para qué se pondrán así?... ¡Es el momento de la inspección!

Mister Gruver se queda en camisa, y arremangándose las mangas hasta más allá de los codos, se prepara a la inspección. Los hombres de mar (¡Jesús, qué es lo que hacen estos bárbaros?) se aflojan las bragas, santamente, y principia la inspección... El rechoncho capitán de nuestra nave, se deja poner las manos... aquí se nos rompe el lápiz, acaso porque vamos a escribir alguna barbaridad... después las lleva Gruver, a los sobacos, por ver de pesquisar algún imprudente bubón...

El diminuto mediquín repite la operación, en todos los marineros, en tanto que el noruego Berg, les mete el termómetro en la boca...

—Al salón los pasajeros, a pasar revista, se oye que gritan.

Un pasajero novato está blasfemando: “si estos *gringos* quieren hacer conmigo, lo que con la tripulación... les doy un tiro”...

Hay en el salón, ingleses, franceses, alemanes, españoles, ecuatorianos, colombianos, venezolanos, chinos, peruanos: de todo el mundo.

Mister Gruver nos ordena abrir la boca; la abrimos en silencio. El noruego nos mete en ella, una varilla de cristal; el doctor manda morderla y cerrar el pico; la mordemos sin protestar, y todos chitón... dizque nos toman la temperatura.

En vez de creer que nos toman la temperatura, creemos más bien, que todo es simbólico: Norte América hace tascar, en esa varilla de cristal, el freno a las demás naciones, en sus hijos: lo tascan ellas sin protestar y... chitón, señores.

A poco se nos quita el termómetro, y se nos dice, con laconismo aterrador: ¡cuarentena!..

Estamos en la isla Culebra.

III

EL PRESIDIO DE TRES DIAS

La isla del presidio.—Islas que no serán.—

Culebra, recodo del paraíso.

Al pisar Culebra, pensamos sin quererlo, en la violenta crispatura de nervios del coloso Napoleón, al pisar Santa Elena, si es que pisó, pues concienzudos historiadores afirman que nunca estuvo el tirano del mundo, en Santa Elena, y que murió en Viena de un pistoletazo en la cabeza, al escalar un muro; pensamos en esa crispatura, por la de que somos víctimas, y eso que nosotros no perdemos más imperio que el de nuestra soberana voluntad.

Empero la sensación horripilante se desvanece, poco a poco, mientras se nos lleva, por entre festones de flores y verduras, a la morada de tres días...

Aunque para nadie es un misterio, que una isla debe estar rodeada de agua, para serlo, y que sus linderos son siempre agua, con todo tiene Culebra, más allá del agua, al Norte, Panamá; al Este y Noreste, la isla Perico; al Noroeste, la isla Naus y al Sureste la Flamenco.

A Naus, Perico y Flamenco se les está ligando a tierra firme y entre sí, por una calzada que está al terminar y sobre la que corre ya, un ferrocarril yanqui; en breve no serán islas, las que hoy lo son.

En ellas se trabajan fortificaciones de importante magnitud, y se asegura que sobre el lomo de la Naus, descansará el cañón más grande y formidable del mundo entero, para defender con él y sus compañeros de exterminio, colocados en los lomos de las otras islas, para defender la supremacía de Norte América, en el mar de Vasco Núñez de Balboa.

Las tres antedichas islas quedarán unidas por las aceradas paralelas, a la pampa en que agoniza y muere la cordillera de Ancón.

Esta Culebra que nada tiene del venenoso reptil y que alimenta en su hectárea y media de superficie, en forma de ovoide, árboles y flores, arbustos y gramíneas; sustenta once edificios destinados a los menesteres de los condenados a cuarentena, en bien premeditado desorden, que aumenta los encantos de la perspectiva: dos, en uno de los que nos hallamos, sirven para alojar a los pasajeros de primera y segunda clase, y dos, para observar los casos sospechosos de fiebre amarilla o bubónica.

Nuestro corazón rebelde a la conquista, lanza en este instante un suspiro doloroso, al contemplar en lo más elevado del tanque, la bandera de estrellas de Yanquilandia, flameando orgullosa, en señal de señorío de este retazo de tierra suramericana...

Ya no es Culebra tierra de Panamá, ni Naus, ni Flamenco, ni... casi decimos Panamá...

Culebra se parte en dos pedazos casi iguales, mediante una cerca que va de Oriente al Ocaso, la que señala el término del espacio concedido a los prisioneros de una y otra porción.

No renegamos mucho de la pérdida de la libertad, en estas callejas de cemento, hechas para que discurren los detenidos, en estos jardines olorosos, en estas verdes alfombras de menuda grama.

Lo que nos obliga a fruncirnos, es este fierro negro y viejo de los utensilios para el servicio de los huéspedes forzados, esta negra grosería de estos negros bozales que nos sirven a la mesa. Ah!, si Culebra eliminara los sirvientes groseros y los trastos viejos de mesa, sería mansión de dulcedumbre.

Todo tiene sus compensaciones: hay felizmente dos hombres blancos: el doctor Gruver y el señor Berg, que son todo amabilidad, todo cultura a todas horas. Lo que los negros y los trastos viejos lo agrían, ellos lo endulzan, en el acto, con sus maneras delicadas.

Como cada cual ve, en las cosas, el lado que más le place, nosotros vemos en Culebra la poesía... y ¿para qué ver lo negro de la existencia?...

Esta isla donosa, en vez de Culebra, debe llamarse recodo del paraíso, porque las terrazas cubiertas de césped, los círculos de rosales aglomerados en haz apretado, diciéndose en todas partes, los unos a los otros, sus secretos de fragancias, en llamadas de colores; porque los callejones de sonantes cocoteros, las filas de Palmas Reales que gallardean sus cimeras en el espacio azul; porque los arabescos de arbustos Flor de Nieve, de belleza ideal, las labores de gusto latino, bordadas de crotones de tonos diferentes por todas partes; porque las peregrinas de espeso follaje, riendo a todas horas, grandes carcajadas de flores de sangre, abiertas en insolente desparpajo, como diría Montalvo, el divino, porque el ambiente suave y casi lascivo y el amoroso murmurio de las ondas y el canto armonioso de los pájaros, abogan por este nombre.

¡Oh!, ¡Cómo se hinchan los pulmones, de orgullo de respirar el aire purísimo de Culebra, cargado del aroma exquisito de los tilos y del yodo de las plantas de los mares, como se solaza el cuerpo en el refrigerio de la fresca sombra que obsequian los árboles añosos y silvestres, como los de este paisaje singular de Panamá, como se regala el oído con los trinos de las aves que pueblan este pedazo de tierra casi divina, con música de idilios...



Paisaje singular

¡Culebra, estrofa riente del poema del canto de las sirenas, estrofa cristalizada en policromías, árboles sonantes, pájaros y flores, bendecimos tu hermosura, bendecimos tus encantos!!

IV

PANAMÁ

*Panamá, su tráfico y sus ruidos.—Sacerdotisas del pecado.—
La religión en la calle.—La bandera de Yanquilandia*

Por un puente levadizo se nos saca de presidio, cumplida la pena de ir de Guayaquil, y se nos pone en una lancha que nos conduce a Ancón. De aquí, en automóvil, a todo rodar, al *Hotel Internacional* de Panamá, en el que nos hallamos instalados confortablemente...

—*Chauffeur*, aquí están los tres dólares, del alquiler del auto...

—Señor, son nueve los que debe por las tres personas...

¿Nueve? Hemos contratado en tres dólares el auto: a robar en los infiernos, gallinazo... el teléfono...

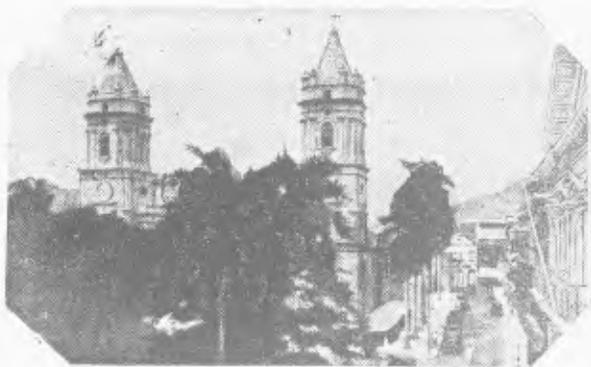
—Déjese de teléfonos: deme cinco pesos y terminado.

Para evitar discusiones y molestias, damos dos pesos más y concluimos el incidente, anotando eso sí, el hecho de que los *chauffeurs* no son lo mejor del mundo en ninguna parte...

¡Puf...!: ¡qué calor tan infernal!; ¡qué sudar y más sudar tan copioso!... ¡qué atmósfera tan cruelmente bochornosa!

Comenzamos a sentir nostalgias de la temperatura de Febrero y Marzo, de Guayaquil, que es fresca deliciosa, comparada con la de hoy, de Panamá...

Fuera del calor y de otras cosillas, la impresión que nos hace la ciudad es buena, muy buena, por sus calles perfectamente asfaltadas, como esta de Sosa, adornada por palacios, adornada por la vieja catedral, orgullo del catolicismo de la urbe, por su comercio abundante y rico, por sus amplios almacenes atorados de mercaderías, por el vertiginoso afluir de coches, autos y carretas, por el gentío inmenso que, a todas horas, recorre la población en demanda del balboa...



Calle de Sosa y Catedral

Guayaquil, con sus carros eléctricos, con sus carros urbanos, con sus coches y automóviles, con sus trenes de trabajo, con su tráfico ruidoso, resulta una ciudad de calma, en presencia del agitarse de Panamá, en la Avenida Central, en este sábado.

Dos grupos de habitantes forman la población de Panamá: uno enorme de negros y otro de blancos; de éstos, una parte es de nativos, de extranjeros la otra.

El panameño blanco es simpático, de ojos ardientemente negros y grandes, de estatura regular: hay en Guayaquil buenos ejemplares que denuncian, en toda su pureza, al panameño decente: los Arosemena, los Vallarino, etc., etc.

¡Qué haber negros y más negros, en todas partes!: en coches elegantes y veloces autos, negros empingorotados, negras con hermosos y llamativos sombreros de flores, de plumas, de cintas... negritos cubiertos de blancos linos, de olanes rosados y verdes y rojos... en calles, plazas y paseos, en iglesias y teatros, en todas partes, negros...

¡Oh qué inmensa negrería!

En el parlamento hay en este instante, un diputado negro que arroja con negro desdén, debajo de una butaca, el mensaje del Presidente Arosemena...

En medio de tánto calor y tántos negros, se cree que Panamá es un retazo de tierra de Africa. Si no fuera por los elegantes blancos, si no fuera por las panameñas de tez de lirio, de gracias singulares y excelsa gallardía, la idea persistiera...

Como nada tenemos que hacer de urgencia, en la ciudad, nos damos a la tarea de recorrer Panamá, por los cuatro vientos, admirando sus parques, viendo sus calles, andando sus avenidas, contemplando sus palacios, mirando sus antigüedades, en ruinas, gozando del panorama de su comercio.

Cansados de caminar y sofocados por este calor que deshace piedras, llegamos a este sitio donosísimo, llamado Parque de la



Palacio arzobispal y parque de la catedral

Catedral. Que placidez la que sentimos a la sombra benéfica de estas palmas de copas musicales; de este follaje que cura los ardores de la canícula, que proyecta bellezas en el alma y que sonríe dulcemente a los transeuntes, ofreciéndoles frescura.

Andamos pocos pasos, y nos recreamos mirando este palacio arzobispal, arrogante y gallardo, lujo de la ciudad...

Caminamos de día y de noche, observando cuanto es posible...

Este barrio es una gran llaga rebosante de podre y un gran dolor de la humanidad: la prostitución corre aquí, como río desbordado, dando vueltas por estas calles, culebreando en esta zona,

para ofrecerse en subasta vergonzosa; yanquis, rusas, inglesas, españolas, francesas, africanas, hay mujeres de todo el planeta, sí, señores, hay aquí deyecciones de todo el mundo, con los labios pintados de rojo, con las mejillas pálidas, con los ojos sin brillo y rodeados de aureolas moradas, ofreciéndose en subasta, por precios bajísimos...

Aunque bañados de luz, qué oscuros estos barrios, en los que a las veras de las calles, acechan las hijas del lupanar, a los transeuntes, para exigirles que sufraguen en las urnas del pecado... Si fuera posible imprimir, con sus detalles, en esta película, cualquier escena de estos pudrideros de almas, la tinta se tornaría roja de pudor...

Aquí junto a estas centenas pestilentes, está en actitud hierática, este inmenso corro de negros; al medio un negro con gorro negro con vivos rojos, predica a esta muchedumbre que le rodea devotamente; tiene delante una antorcha ardiente y un tambor y habla con santa unción, a cuantos quieren oírle; cuando cesa de hablar, brota de todos los labios, un canto religioso que se alza del fondo del corazón, con fervor edificante; viejos y mozos, mujeres y niños, todos cantan salmos religiosos, con los ojos bajos y el alma elevada al cielo...

¿Qué es esto tan edificante, aquí a las orillas de ese mar de escándalo, de ese mar de fango y podre?

Es *Salvation Army*, es la religión de la abnegación y de la caridad, que hace prosélitos, mediante este negro que aparece a nuestros ojos tan blanco, como el armiño y tan refulgente como el sol, en frente a las sacerdotisas del pecado, que hacen a su vez prosélitos para el dolor...

¡Qué pulcra esta Avenida Central, que puede llamarse joya de Panamá, por la belleza de su paisaje!; que puede llamarse vena yugular del organismo mercantil y social, por las procesiones de autos que ruedan, carretas que crujen, peatones que ambulan vertiginosamente...

Si limpias estas calles, no están como debieran, pues que ruedan al azar en ellas; papeles dorados, más no con oro reluciente...



Avenida central

¡Qué avenidas tan coquetas, estas que recorremos, llenas de árboles frondosos, de veras bordadas con flores y musgos!... ¡Qué lindo este retazo de Panamá!

—No es esto Panamá, nos replica el chauffeur; es esto, tierra yanqui...

Ya son dueños los yanquis, no sólo de las goteras de la ciudad, sino de buena parte de ella; la bandera estrellada que flamea en estos contornos, altiva y sola, como flameara en Washington, así nos lo explica...

El pulpo extiende sus tentáculos, por tierras de latinoamericana, enamorado de la virginidad de sus riquezas: ya se enseñorea en Panamá, tierra robada a Colombia, a pretexto del canal, en breve ¡ay! en breve se enseñoreará en el Ecuador, apoderándose de las Islas Encantadas...

¿Qué no?

Cuba, Puerto Rico, Filipinas,... dicen que sí: siempre el más fuerte se engulle al más débil: ley fatal que pesará eternamente en el planeta...

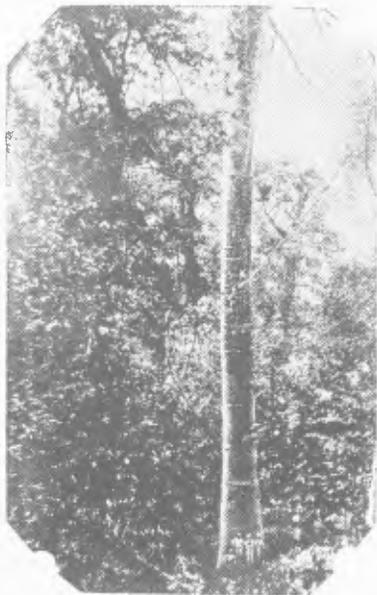
V

EN TIERRA Y MAR

Selvas lujuriantes y pampas bañadas de luz.—El canal y el Atlántico.—¡Qué hermoso es navegar!

Tomamos el tren raudo, en esta ardiente Panamá, seguros de que después de dos horas y cuarto, de rápido correr, estaremos en Colón.

Pasa la máquina esforzada, por en medio de este pedazo de tierra llamado Zona del Canal, hermoso, sumamente hermoso, no por ser de propiedad de los yanquis, ni por las casas de este bello trozo de mundo, de arquitectura idéntica y tamaño diferente, sino por lo variado y florido del paisaje: la vejección se exhibe, en ostentosas explosiones de vida, como en cualquier punto del trópico ecuatoriano: pampas rebosantes de árboles añosos, árboles gigantescos, como este de caoba de los bosques panameños, árboles cubiertos de tupidas ramas, ramas cargadas de hojas y hojas esmaltadas de verdor; alcores llenos de plantas, plantas vestidas de flores, flores adornadas de bengalas y bengalas iluminando el panorama; montañas ahitas de fauna y fauna henchida de sonidos y movimientos y movimien-



Bosque Panameño

tos explosionando vida, en todas partes, y por entre la selva lujurante y las pampas bañadas de luz, el canal interoceánico, extendiéndose, en curvas gigantescas, del Atlántico al Pacífico, para sentir sobre su lomo, el espasmo de los mares, en el beso de las aguas...

¡Qué esfuerzo tan colosal el gastado ya!, ¡qué esfuerzo tan sin taza el por gastarse, en el término de la obra!

Pero nos hemos separado de la materia del título, pues hasta este momento sólo hemos hablado de tierra y más tierra con árboles y frondas y verduras, sin que digamos todavía, ni que el agua es líquida...

Aún es necesario hablar de la tierra querida, de la santa madre tierra, porque sobre sí soporta con ejemplar mansedumbre, las paralelas de hierro sembradas de modo inamovible y seguro y firme, en la superficie de su cuerpo sufrido, de esas paralelas que van en grandes y relucientes quingos, del Pacífico al Atlántico, tolerando sin protestas, sobre sí, el enorme peso del tren y de su cortejo de carros de carga y pasajeros.

La línea férrea que arranca del puerto de Panamá y muere en el puerto de Colón, atraviesa todo el istmo, llevando una situación paralela al canal interoceánico.

Al llegar al punto terminal de nuestro viaje en ferrocarril, hemos visto que de Panamá a Colón es una larga y sola calle, de veras con casas que forman paisajes de belleza singular...

¿Serán así de largas las calles de Nueva York?

Hemos observado en este viaje por ferrocarril, el enorme movimiento de negocios, el incalculable movimiento comercial traducido en balboas o dólares que es cosa igual, en el lenguaje económico.

Si hemos admirado en la ciudad de Panamá, en nuestra corta estadía en ella, cuán rico es su comercio, cuán enormes sus negocios; no podemos dejar de admirar el comercio y los negocios ferrocarrileros, en este trayecto del puerto del Pacífico al del Atlántico.

Al arrellenarnos en nuestro asiento en el carro que tenía que conducirnos a Colón, por ferrocarril, nos llamó mucho

la atención el cruzarse y recruzarse de trenes y automóviles en el Cruce de Calidonia, dando muestras del inmenso trajín comercial en la capital de la República de Panamá, como puede verse y medirse, en el cuadro que presentamos...



Cruce de Calidonia

Estamos en Colón, pedazo de tierra panameña, después de atravesar por tierra yanqui... esto es inentendible: Colón es ciudad de la República de Panamá y Colón está en territorio de los Estados Unidos de Norte América y los Estados Unidos de Norte América son casi, casi dueños de Panamá.

Estamos en Colón y vemos desde aquí una enorme pampa que se torna alcores, que los alcores se convierten raudamente en quebradas y que las quebradas se nivelan y toman forma de llanuras que simulan espejos relucientes en que el sol quiebra sus luces, dando aspectos de incendio al panorama.

Vemos desde aquí, una línea negra que se ha metido bravamente, muy adentro, entre las temibles olas del malhumorado Atlántico; esa línea atrevida es un tajamar yanqui: aquí casi todo es yanqui... allí están los transatlánticos esperando la partida: los de la Compañía Francesa, blancos como el armiño; negirrojos éstos, barro de París éstos... de rodo color y porte. Se acerca el minuto de la partida; no tenemos tiempo para visitar

Colón, trotando por parques y plazas y tiendas y almacenes y bazares que los hay dignos de loa.



Calle de Colón

Con todo no podemos dejar de meternos en esta calle hermosa, en esta calle sombreada por palmas arrogantes que invitan al descanso, más que al paseo, por la frescura que brindan al viandante. Se acerca el momento de partida, nos dirigimos a bordo y nos metemos en una nave de la Compañía Frutera y a navegar aguas adentro o aguas afuera, que lo mismo da para la hermosura de la navegación.

Unos gringos que hablan con *very wells* y con *yeses*, nos instalan en un cajón denominado camarote de primera; una vez en este alojamiento revisamos cuidadosamente nuestra nueva habitación y nos disponemos a apurar hasta las heces, el trago de la hermosura de la navegación, en esta cárcel que no sólo roba la libertad al viajero, sino que le enferma del mal horrible del mareo...

Hace en este cajoncito alfombrado, con espejos y otras chilindrinas, un calor de todos los infiernos juntos, capaz de derretir negros.

¡Qué hermoso es navegar!, decimos, poniéndonos en la corriente del ventilador, para respirar aire artificial y no sucumbir en la caldeada hermosura...

De cada poro nos sale un Misisipí de sudor, y nos corre por cada pelo, un Amazonas de lo mismo: ropas interiores, camisa y más trapos que llevamos encima de la pobre humanidad, ni metidos en medio mar... ¡Oh qué lindo es navegar!!

A las cinco de la mañana, cuando recién se comienza a conciliar el sueño, suena en la angostura de las galerías de la nave, y a las puertas de los camarotes, una corneta destemplada, haciendo un ruido de todos los demonios: se anuncia de esta manera, a los que se dan el placer de navegar, se anuncia que pueden levantarse a tomar una agua negruzca, sin olor ni sabor del *licor negro de los sueños blancos*, del delicioso café. A eso de las once de la mañana, de nuevo la corneta chillona que anuncia el almuerzo, cuando esa agua de ollín, esa cochinateda con nombre de café, no ha llegado aún al estómago. Y ¡qué almuerzo!: jamón hediondo, frutas en putrefacción, pan más duro que la oreja de un negro y tomates.

¡Qué hermoso es navegar!, Oh ¡qué hermoso es navegar! grita el estómago...

Por ahí, por las cinco y media de la tarde, otra vez la bendita corneta que avisa que la comida está a la mesa: ¡qué comida, señores gastrónomos, qué comida!: a lo sabroso de las carnes en conserva, de olor de muladar, se agrega el canto de un fonógrafo gangoso!

Y eso que navegamos en un aristocrático navío...

Corneta por la mañana, corneta, a las once del día, corneta por la tarde, corneta por la noche y fonógrafo gangoso!!...

Nosotros que llenos de júbilo, nos despedimos de las cornetas del cuartel vecino a nuestra casa, en la tierra, estamos en este cuartel acuático, gozando de los encantos de un cuartel...

¿Han estado ustedes en un cuartel?

¡Qué hermoso es navegar en un cuartel!...

¡Ah, pero la hora más linda es la de sobre cubierta!

Hay que alquilar silla, para el descanso sedentario, que no se consiente la del pasajero, por atentatoria al negocio. Sobre ella

se estiran los miembros, entre bostezo y bostezo interminable y se llama al sueño de la navegación...

¿Saben ustedes lo que es el sueño de la navegación?

Es la modorra del habitante del buque, quien metido en su gorra de viaje, duerme con un ojo y vela con el ótro; es el *dolcifar niente* de los napolitanos..

Es de ver este cuadro: duermen o fingen dormir, únos; bostezan ótros, abriendo unas bocas descomunales; leen éstos, por trozos microscópicos, se aburren éstos, rabian aquéllos, todos tendidos en sus sillas, con los rostros verdes como que hubieran estado enfermos del mal de ictericia...

¡Oh, qué hermoso es navegar!

Sobre todo qué lindo es navegar en este instante en que hasta las sillas parece que están mareadas, por las vueltas y cabeceos que dan... la mar está picada; todo el mundo se encierra en sus cámaras... ¡qué hermoso es navegar al arrullo candencioso de esta música de vómitos: en todos los camarotes se oye al únicseno, estos og, oog, ooogg; me muero, me muero, por Dios; en todos los camarotes se oyen sonidos de catarata que cae en el fondo de tarros de latón, con alma de papel, y este *me muero, me muero* angustioso que da la medida de cuán hermoso es navegar... en todas partes *gringos* que entran y salen rápidamente, en busca de las entrañas que se van por esas bocas. . . Oh diminutos estuches de las lindas presumidas, cómo os injuria el malestar de los estómagos; oh bocas de bigotes espesos cuán repugnantes os mostráis, en esta hora en que acaso no decís: ¡qué hermoso es navegar!!

Juramos que nada hay en tierra igual a la hermosura de la navegación: este color verde de ictericia, en los semblantes; estos ojos hinchados, estas narices largas, estas angustias tiránicas de estómago, este sonido de molino de antaño, producido por las máquinas, atormentando el oído y resonando en el centro del cerebro; esta soledad pavorosa en medio de las ondas rugientes y negras; esta gimnasia perpetua por la volubilidad del buque, esta...

¡Qué lindo es navegar!!

¡Qué lindo este instante en que sudorosos y con bascas, nos trepamos, en calzoncillos, por esta escalerita diminuta a este gallinero estrecho que llaman cama, situado allá, a dos pulgadas del cielo raso del camarote!

¡Qué hermoso es navegar cuando caen los huesos en esta angostura destinada al reposo de la noche y amanecen del lado que cayeron, en la prensa de dormir!!

En presencia de todo esto y de mucho más que no decimos, pero de que puede hablar la lavandera, se exclama a todo pecho: ¡qué hermoso es navegar!!...

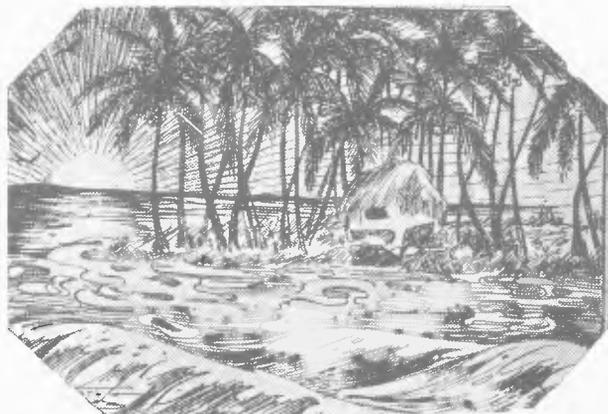
VI

KINGSTON

Recuerdos de Riobamba.—Los negritos y la pesca de monedas.—Quien por su gusto lo quiso...

¡Tierra!, al fin tierra, después de cuarenta largas horas de navegación penosa!... ¡Jamaica en medio de las ondas!!... Navegamos dulcemente por muy cerca del borde negruzco de la colina de Kingston, de esta lengua reseca, salida de la garganta de los montes, para internarse en el mar azul, para beber de sus salobres aguas...

¡Salve grupo de palmeras que, aunque azotado por los vientos y martirizado por las ascuas de un sol de fuego, vienes a nuestro encuentro, aleteando de alegría, para brindarnos la frescura



Grupo de cocoteros

de la sombra de tus resonantes hojas, y el dulce y claro licor de tus entrañas!

¡Salve oh faro que con tu ojo de luz de misericordia, miras a los bohemios que caminan aplastados por el peso de la negra tristeza de la noche, les apartas de la muerte y les alumbras el sendero por la cresta de las olas!...

Entramos en la bahía, entramos por junto al pintoresco Fuerte Real, conjunto hermosísimo de casitas diseminadas por entre pinos y cocoteros que levantan a lo infinito, sus copas coronadas de verdor y de sonidos...

Damos ya la vuelta y tenemos a nuestra izquierda la ciudad de *Kingston* desparramada hermosamente, en medio de los árboles de un lindo bosquecillo.

Parece que las casas mendigas de frescura, se guarecen de los ardores de la canícula, en la sombra protectora del follaje, como la pollada, en las alas queridas y amorosas de la clueta...

Está *Kingston* en una vasta concha formada por los declives de la colina, cuya constitución geológica, es idéntica a la de Cacha, de los Andes del Ecuador.

La perspectiva nos sugiere de pronto, la idea de los perfiles y lineamientos de Riobamba, sultana del Chimborazo, por la semejanza de esta cordillera antillana, con la de Cacha, en cuyas faldas está la bella ciudad del sabio Pedro Vicente Maldonado, como en esta pampa jamaicana, *Kingston*, por el pomposo bosque artificial (¿es artificial éste de aquí?) en que una y otra se encuentran, y por el cielo de azul purísimo que les sirve a las dos, de cúpula grandiosa.

Echa el ancla en la bahía el buque, y vemos, acomodados en lo alto de la proa, vemos venir hacia la blanca nave, bongos llenos de negritos mendicantes...

¡Qué admirables estos negros!: se arroja a lo más crespo de las olas, monedas pequeñas para que las pille y las haga suyas el primer ocupante, y se hunden los negritos, de cabeza en el salobre abismo, para atraparlas, en el fondo de las aguas... ya suben, ya se dejan ver en la inquieta superficie, con la hostia de metal, en los labios semirrojos.



El puerto de Kingston

Se nos figuran, al verlos entre las olas, grandes peces de betún, con caras de orangután, fijos los ojos en la nave, atisbando la limosna de centavos.

Estos negritos de piernas flacas, anchos de pies y largos de brazos, nos parecen anguilas colosales, surgiendo del fondo del abismo, para beber chispas de sol, en la voluble y temblorosa superficie...

Vemos y distinguimos desde el buque, las calles de la ciudad, perfectamente planas y angostas y angustiosamente rectas, y suspiramos recordando de Riobamba, sin saber, a ciencia cierta por qué; solo talvez por la fisonomía de esta ciudad, parecida a la de aquella.

La mayoría de la gente de Kingston, son de ollín mezclado con betún...

¡Qué procesión de negras, ofreciendo en venta, mangos y aguacates, ciruelas y plátanos y cocos!

¡Cuántas, ofreciéndonos cadenas de *milillos* negros y rojos, gargantillas de dientes de mono y mates con figuras de relieves trabajados a pulso!... Pero, diablos, nos los ofrecen en inglés...

En medio de tántos negros de tántas frases negras, asoma como único punto blanco, esa pobre negra vieja y desdentada,

gritando a todo pulmón: “Señores, esta docena de aguacates por un chelín, esta docena de mangos por dos chelines...”, así en castellano morocho.



Calle de Kingston

¡Cuán hermoso ver que, de entre las grietas de esa boca rugosa y desdentada, sale como chorros de luz, el castellano: bendigamos a esta querida y pobre vieja, bendigamos la luz...

Dejamos Kingston, saboreando golosamente el almíbar de los mangos olorosos, mejores, mucho mejores que los de las orillas del divino Daule, con perdón del patriotismo... dejamos Kingston, con pena y sobresalto, con pena porque los hijos de la tierra, al desligarse de ella, para meterse por las bravas profundidades del elemento terrible, se afligen por lo querido que abandonan y con sobresalto, porque en breve serán presa del mareo. Dejamos Kingston, dispuestos a experimentar otra vez, todos los horrores del mar, durante cinco largos y mortales días que faltan para llegar a Nueva York.

Pero quien por su gusto lo quiso, vaya al infierno a quejarse...

Rompe a navegar el transatlántico, por sobre la crestería del oleaje, y al dar la vuelta por un recodo de palmeras, divisamos en la arena de la playa, el cadáver de un buque, al amor de la sombra de un bosque de cocoteros.

No podemos resistir la tentación de componerle y cantarle este

RESPONSO LIRICO

Tumbado allí en la arena, descansas, buque ignoto,
Allá te echó en pedazos, rabiando el terremoto
Que púsole en hervores, al fiero Leviatán:
En ti, y en todo instante de calma o de tormenta,
Discurre sola y triste, cuidando tu osamenta,
El alma del silente, suicida capitán.

¡Oh pobre buque muerto!,
Estás, a todas horas, inmóvil y desierto,
Sin vida en las entrañas, sin música y sin luz;
Callada tu sirena, tu máquina en pedazos,
Tus mástiles alzados al cielo, cual los brazos
Humildes y dolientes, del árbol de la cruz!

Tus amplias galerías,
Tus pórticos y salas de finas pedrerías,
Abiertos a los ritmos del verbo del galán,
Abiertos a los leves y alíjeros compases
De bellas danzarinas, ligeras y fugaces
Cual ígneas mariposas de amor, ¿en dónde están?

Tus cámaras doradas, de artísticos perfiles,
Son cuevas de crustáceos, guaridas de reptiles,
Cavernas del inmundo viscoso caracol...
De lodo te alimentas y bebes del pantano,
¡Oh tú que ayer vivías, altivo y soberano,
De linfas de cristales y chispas de áureo sol!

Con alas resonantes de amor, iba tu prora,
 Zarpando del rosado divino de la aurora,
 Al lóbrego capuz;
 Tendías como el cisne, tu vuelo de ventura,
 Y te ibas presuroso, la líquida llanura
 Bordando de arabescos de perlas y de luz!

Oíste la armonía
 De mil de corazones del Norte y Mediodía,
 Que entonan a la patria, su cántico febril;
 Gallardo, cabe el iris de todas las banderas,
 Viviste y te alejaste de todas las riberas,
 La gloria del orgullo, brillando en tu perfil.



Buque náufrago

Hoy yaces en la bruma: . . .
 Tal cual chispa de espuma,
 Rodando de muy lejos, te viene a visitar . . .
 Tu escuálido esqueleto,
 Lo cubren con piadoso, con fúnebre respeto,
 A modo de bandera, las hojas del palmar.

Escucha que el artista,
En verbo luminoso de azul y de amatista,
Te canta este responso de lírica emoción,
Y sigue, pobre leño,
Y sigue, de la muerte, durmiendo el feliz sueño,
Al son multisonoro de mi áurea orquestación.

Inmóvil sobre el lodo te estás abandonado
De todos, sin bandera, ni luz, allí tumbado,
Oh muerto rey del fiero, rugiente Leviatán...
Tan sólo, así en las horas de calma o de tormenta,
Discurre solitaria, cuidando tu osamenta,
El alma del silente, suicida capitán.

VII

NUEVA YORK, DE DÍA

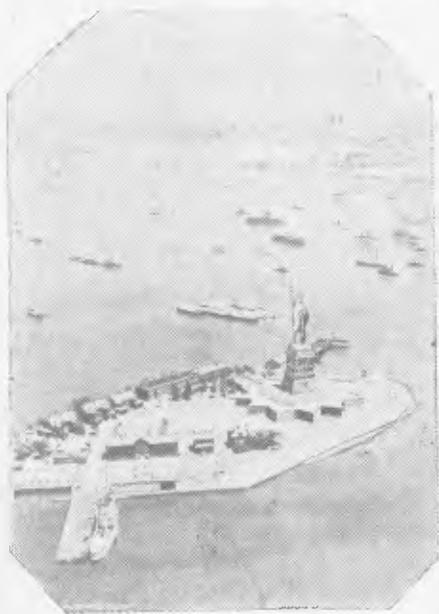
La entrada al puerto.—La estatua de la Libertad.—Peregrinos y soñadores.—Palacios que andan.—Vientos de locura, que soplan en las naves

Amanece: ¡Qué oscuro amanecer!...

Nos enteramos que, en breve, entraremos en la sonora bahía de Nueva York. Esta noticia nos encanta; nuestro corazón da vuelcos de alegría, acaso no tanto porque dentro de muy poco

seremos huéspedes de la ciudad esplendorosa, de los fenomenales *rascacielos*, sino porque se nos acabará, la para nosotros, infernal navegación, por las torturas del mareo...

Avanzamos, sin detenernos y vemos en la lejanía, la isla de Bedloe, distante del Parque de la Batería, situado al Sur del afamado puerto, una milla y tres cuartos de milla; avanzamos y nos acercamos instante por instante, a Bedloe, en la que percibimos, perfectamente bien, la estatua de la Libertad, maravilla del mundo, en tamaño diminuto.



Isla Bedloe

Clarea la mañana y a su opaco claror, surcamos el comienzo de la ancha y ruidosa bahía.

Avanzamos, a buen andar y vemos allá, no tan lejos de nosotros, casi en la confluencia de los ríos Hudson y del Este, el regalo majestuoso de Francia, a los Estados Unidos de Norte América, la estatua de la Libertad y la vemos ya con detalles.

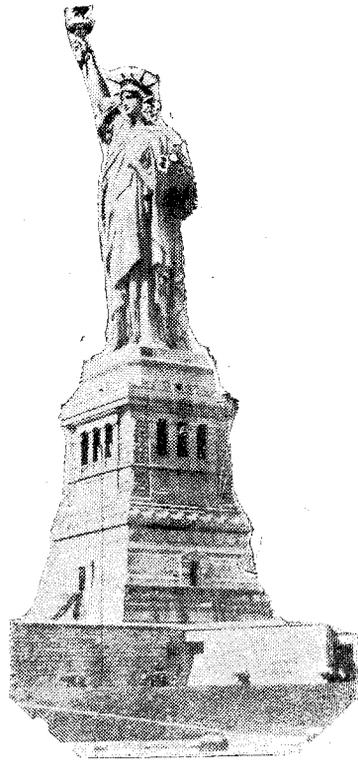
Se alza el monumento gigantesco, en la diestra el faro capaz de alumbrar el mundo todo, ostentando la gallardía de sus magnas proporciones, en los trescientos cinco pies y seis pulgadas, que van del pedestal hasta la antorcha, en los diecisiete pies y cinco pulgadas de las manos, cuyos índices, no bajan de ocho pies, en los cuatro pies y seis pulgadas que tiene la nariz, en los diez pies que mide la recta que va de oreja a oreja y en los diecisiete pies de la recta que va, de la barba al cráneo.

En la cabeza de esta estatua, caben flojamente, cuarenta personas y doce en la antorcha.

Está en este instante la estatua colosal, la hija predilecta del ingenio del célebre Bartholdi, está en este instante, cubierta por un fino encaje de neblina y casi en sombras.

¿Estará así la libertad, en los Estados Unidos de América?...

¿No es la bruma que traga el presente de Francia, no es emblema de la voraz concupiscencia imperialista, en que arde esta nación y con la que devora la libertad de los pueblos débiles del continente?...



Estatua de la Libertad

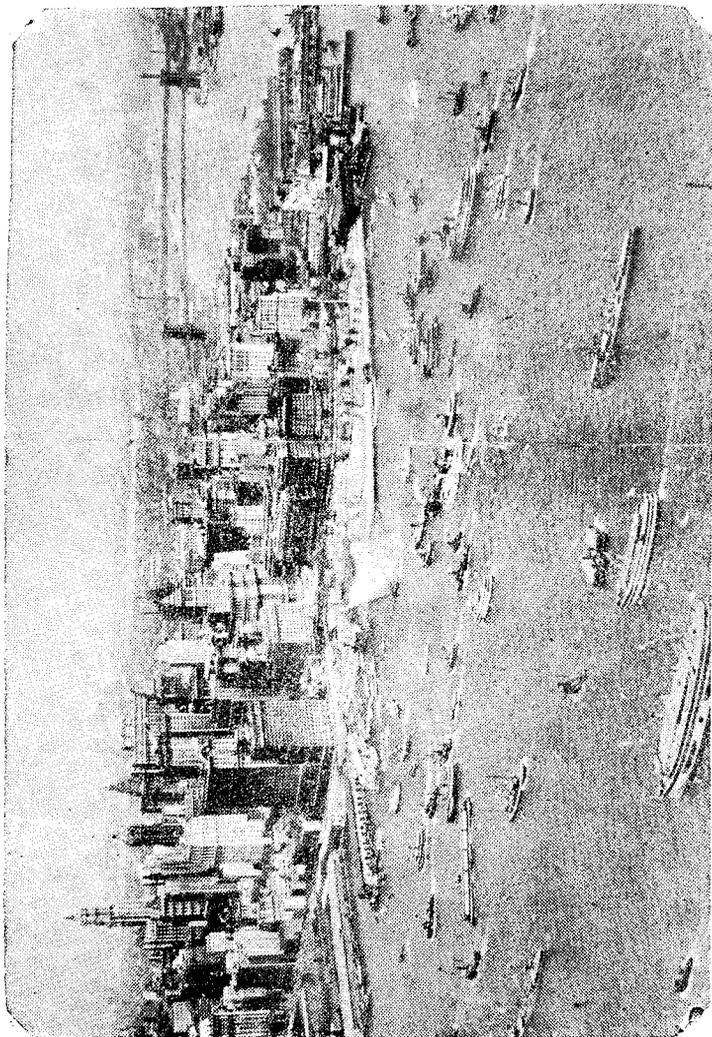
El buque, en que navegamos, sigue rumbo derechamente al puerto, a descansar de las fatigas de la penosa travesía, en la acerada ceja del muelle no lejano, para arrojar sobre éste, la carga de humanidad esperanzada que trae en sus entrañas; sigue pausadamente por entre el laberinto de miles de rumbos, de miles de transatlánticos que avanzan a él y salen de él, por distintas direcciones, con la grave majestad de catedrales que se mueven, que corren, que vuelan, en la sinuosa superficie...

¡Qué atestadas sus lujosas viviendas, de peregrinos del ideal, de peregrinos del arte, de peregrinos de la belleza! ¡qué atestadas sus viviendas, de soñadores de suerte mejor, de esperanzados en vida menos dura, de resueltos a entrar, de redondo, a la conquista de cualquier pan!!...

Nuestra querida nave sigue flemáticamente, por entre el laberinto pasmoso de miles de estelas que dejan, como recuerdo momentáneo, los barcos que se ausentan no sabemos para dónde, llenos de carga de miseria, de lágrimas y risas... y oro.

Sigue cuidadosamente, para no estrellarse con esos palacios que caminan en las aguas, trayendo, en montón informe, en la cubierta, razas de todos los climas, idiomas de todos los horizontes, pujanzas musculares, llenas de fe en la eficacia de sus empujes, espíritus festivos que sienten la alegría de vivir, corazones aventureros y esperanzados de ver abiertos, en esta Nueva York que miramos, todos los flancos de la felicidad; sigue, sigue resoplando vapor, en grandes masas, borrando con olímpico desdén, los millones de fugaces rastros, de los cientos de miles de lanchas que voltejean sobre el inquieto vaivén de las aguas, como pájaros salvajes de la mar.

Ya olemos tierra, esa tierra querida, distante sólo minutos de nosotros, ya nos saludamos con la mano, como viejos conocidos, con millares de personas que nos saludan con pañuelos, que nos saludan con sombreros, que nos saludan con las manos... nos saludamos como viejos conocidos, con miles de millares de personas de quienes nada sabemos, como no saben ellas, nada de nosotros.

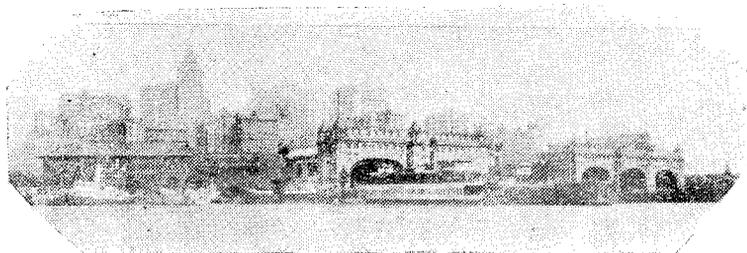


Bahía de Nueva York

Y pasan a nuestro lado, saludándonos, estos enormes *Ferry-boats* que llevan seres vivos, como la ballena bíblica, a Jonás, dentro del vientre, de una ribera del Hudson a vomitarlos sobre la ótra; que llevan ferrocarriles con todo su enorme cortejo de carros; que llevan coches llenos de caritas rubias y rosadas; que llevan *taxicabes* glotonos; que llevan carretas de porte de una covacha de dos pisos, ahitas de mercaderías; que llevan... cuanto Dios crió...

Nos parece que un viento de locura ha soplado, en esta bahía, sobre todas estas naves, sobre estas embarcaciones todas, al contemplar como corren y se alejan, como vuelan y revuelan, como tornan y retornan, sobre el lomo verdusco de las olas, aullando roncamente las sirenas, aturdiendo los espacios, con el estridente pitar de los silvatos, rugiendo sordamente las calderas martirizadas por la fuerza del vapor, gimiendo los émbolos con quejidos feroces, de monstruos atormentados en un potro infernal.

Ya vemos el bajo fin de Manhattan, con sus desembarcaderos descomunales con sus edificios en los que —según se nos cuen-



Bajo fin de Manhattan

ta— los negocios afiebran a los hombres, en esas oficinas que más tienen de celdas de manicomio, que de aposentos de meditación y de silencioso cálculo; nos acercamos a tierra, en cuyo tranquilo regazo, nos sanaremos de la cruel enfermedad que ataca a los atrevidos que caminan por la furiosa cresta de las olas...

Entramos, señores, entramos al codiciado puerto, por en medio de este ordenado manicomio; por junto a estos forzudos remolcadores que, sin demostrar esfuerzo alguno, llevan a sus costados, como se lleva una pluma de colibrí, lanchas como el cerro de Santa Ana de Guayaquil; entramos al puerto y nos acercamos al muelle y pisamos tierra yanqui, balbuciendo *yeses* y *all rights*, para hablar como aquí, por aquello de “a la tierra que fueres haz lo que vieres”...

VIII

NUEVA YORK, DE DÍA

La moderna Babilonia.—Sonrisa del espíritu, al ver las prominencias de los rascacielos.—El contagio de la carrera.—Saluciones a Washington y a otros grandes del mundo.—En el Metropolitan Building.

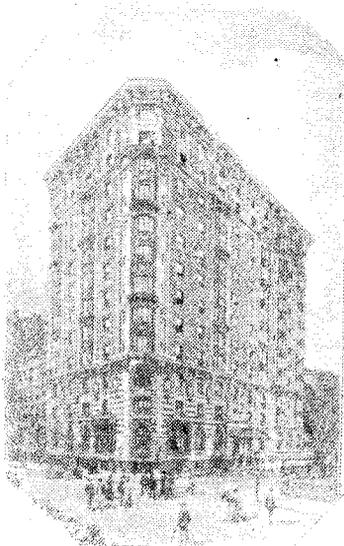
Después de varios días de ver en la navegación, la redondez del mundo en la infinita redondez de la inmensa llanura que anda coronada de truenos y de escamas, ¡cuán sorprendente y placentero mirar una ciudad; pero una ciudad como Nueva York, sembrada de montañas, simétricamente colocadas a las veras de unas angostas cintas de tierra, bautizadas con nombres de calles y avenidas!...

Estamos ya, por fin en tierra. ¡Qué bien nos sentimos aquí!...

Anoche hemos dormido comó un lirón, en un mullido lecho de este pequeño rascacielo, de nombre Hotel Sevilla.

Se nos dijo en Guayaquil: llegue Ud. en el Hotel Sevilla, ubicado en la Avenida Madison y calle 59 y en él llegamos, y desde él nos lanzamos a correr ciudad y más ciudad...

Ya estamos en esta moderna Babilonia, punto de cita de las



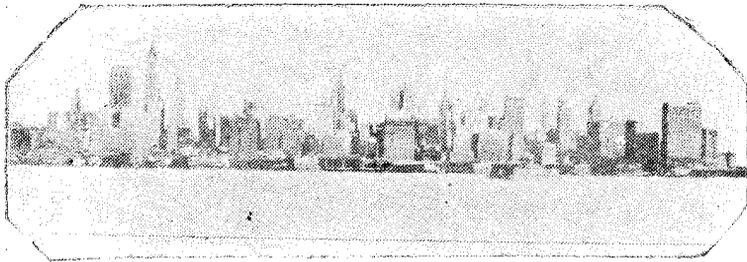
Hotel Sevilla

lenguas negras, de las lenguas amarillas, de las lenguas blancas, de las lenguas rubias, de las lenguas cobrizas, de todas las lenguas de los rincones más apartados del planeta...

Ya estamos en esta Babilonia moderna, en la que las razas todas con sus hábitos y costumbres, con sus modales y vestidos, con sus alientos y energías, se desparraman por las arterias y venas de la urbe, en busca del lugar en que se pueda sorprender un dólar para ganarlo o de sitio, para derrocharlo pródigamente...

Sonríe el espíritu, sonríe con dulcedumbre, al ver la ciudad, presentimos, única del mundo, porque sus casas y sus torres, sus edificios, en fin representan a lo vivo, las amadas prominencias de los Andes ecuatorianos.

La perspectiva de esta urbe monstruo, el horizonte de esta ciudad de Nueva York, al través del río del Norte, es como la de ese pedazo donosamente alzado, en la rama occidental de los Andes ecuatorianos: el cerro del Altar contemplado desde la ciudad de Riobamba: picos que se hunden con rígida energía, en las nubes de lo infinito; puntas escarpadas que besan la comba de los cielos; cimas que suben a las altas regiones del pavor, techumbres que se lanzan a los espacios del vértigo; prominencias que beben el éter de la morada del vacío...



Horizonte de Nueva York

¡Qué arquitectura tan singular la de esta metrópoli admirable!

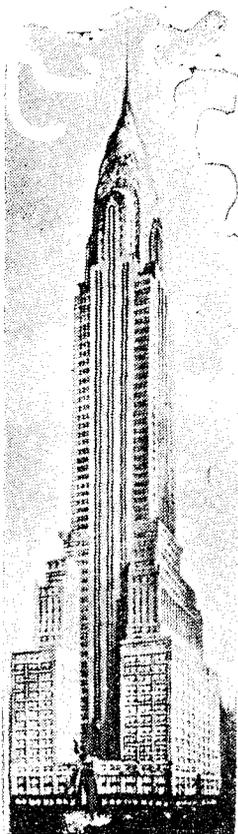
Se crispan los nervios y se maravilla el espíritu, al observar la insolencia con que desafían las leyes de la gravedad y el

equilibrio, estas casas que parecen torres, estas torres que parecen promontorios, estos promontorios que parecen Chimborazos...

Sufre el espíritu en estas calles que, tendidas en el nacimiento de estos colosales edificios, parecen el hilo tendido en las arenas, por el rastro del andar de las hormigas; sufre el espíritu fenómenos diferentes de los sufridos en la grande llanura del océano: en ésta se ensancha y redondea, se ensancha y redondea hasta lo infinito; en aquéllas, se alarga y se alarga y se alarga, por sobrepasar la cumbre de estos edificios, en busca de espacio para respirar y cansado de alargarse y alargarse y alargarse y no poder sobrepasarla, entra en vértigo y se encoge y se encoge y se encoge de nuevo, en los linderos de la carne, para ir del asombro, a la estupefacción y de ésta a la realidad pasmosa de la grandeza del poder humano, en estas tierras...

Aquí se eleva una armazón de hierro, desde las profundidades del granito, y se la viste de ladrillos, de roca viva, de mármol o de otra sustancia así, colocando un cubo de esta compacta vestidura, a flor de tierra, otro encima del primero otro encima del segundo, encima otro y otro... hasta levantar sesentitantos pisos, como éstos de este edificio *Crysler* de doscientos sesentinueve metros de altura que le hacen el más alto del mundo; edificio construído últimamente, en la calle 42, en años vecinos de la salida de este libro...

¿Estos hombres de aquí son imagen de estas casas o estas casas son imagen de estos hombres?



Edificio *Crysler*

¡Hombres y casas con alma de hierro y superficie de granito!...

Andamos por en medio de este torbellino de edificios que remedan las más elevadas cumbres de la cordillera de Himalaya; no, corremos calle y más calle, contagiados por el movimiento general, porque aquí, no hay nadie que no corra o para librarse de ser despachurrado por las máquinas rodantes o para que no se le escape el negocio o para seguir el curso del torrente humano, sin estorbar ni ser estorbado; corremos por ver de dar con algún espacio en que se pueda respirar, sin grandes fatigas... Bendigamos a Dios, por estar en la Plaza Unión. Aquí sentimos que nos late raudamente, en el pecho el corazón, ya no por la fatiga, sino de dulcísimo y reverente cariño, a nuestro redentor político, cuyo monumento ecuestre, lo tenemos a la vista... ¡Bolívar, padre de nuestro florido y verde Ecuador, os saludamos!... más, aunque lo parece, no es Bolívar, redentor de Venezuela, de Colombia, del Ecuador, de Bolivia y del Perú; es Washington, padre de esta patria yanqui, si más robusta que la nuestra, más linda, no, jamás.

Saludamos a Washington, a Lincoln, a Lafayette, promulgador de los derechos del hombre, en la revolución francesa, y salimos de este punto, de este poro capilar del enorme cuerpo de la metrópoli, salimos en busca de espacio mayor, para respirar a nuestras anchas y corriendo, corriendo, damos con el parque Madison, y nos sentamos a curarnos el cansancio, en uno de los innumerables bancos, aquí puestos...

Lo grande nos seduce, lo grande nos arrastra, lo grande tiene para nosotros, las atracciones del abismo... no hemos respirado tres minutos sobre el banco, cuando volvemos a la carrera por las callejas de este parque, a la sombra de árboles corpulentos que comienzan a perder su verde vestidura y a mostrar la tristeza de sus escuetas ramas; volvemos a la carrera, atraídos por estas figuras de bronce, en cuya presencia nos hallamos, atraídos como las mariposas, por la luz; éste es el Almirante Ferragut,

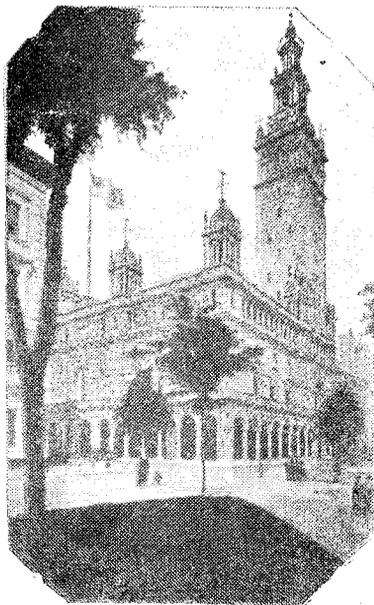
estotro Wirth, ése Williams, aquél Sewart... grandes de los Estados Unidos de Norte América, grandes del mundo...!

En este costado divisamos este palacio de bellísima arquitectura, imitación de la Giralda de Sevilla, según nos lo dicen. Es *Madison Square Garden*, teatro de esparcimientos, con capacidad, para doce mil personas.

¿Y ese monumento que vence en osadía a los otros incommensurables, plantado en ese lado de la plaza, con todas las supremacías del orgullo de las montañas gigantescas y que tiene uno... diez... veinte... cincuenta y más pisos y más de doscientos diecinueve metros, desde el nivel de la calle, no es el Metropolitan Building?

¡Cuán lindo ha de ser dominar la ciudad desde la punta de esa torre!

Pagamos medio dólar, nos metemos en el ascensor y en dos minutos y medio, nos hallamos aquí arriba; más consumidos de cansancio, por lo que nos sentamos a descansar unos instantes...



Madison Square Garden

IX

NUEVA YORK, DE DIA

*Las angustias de la altura.—Hierve abajo, en átomos la vida.—
Hombres como hormigas.—Ciudad de once leguas de
largo y cinco y media de ancho.—El panorama
de la urbe.—Suspiros de satisfacción.—
¿A dónde encaminarnos?*

Instalados en la cima del *Metropolitan Building*, y dueños, como el águila, del aire y los espacios, nos arrimamos medrosamente, en el antepecho de la torre y sacamos la cabeza fuera de plomada, para viendo el suelo, apreciar la elevación en donde nos hallamos.

La carne se nos pone como de gallina, nos hormiguea la sangre de los pies a la cabeza, sentimos que nos corre por el espinazo, un raudal de hielo, y retrocedemos dos pasos, apretado el corazón por las crispaturas de la angustia...!

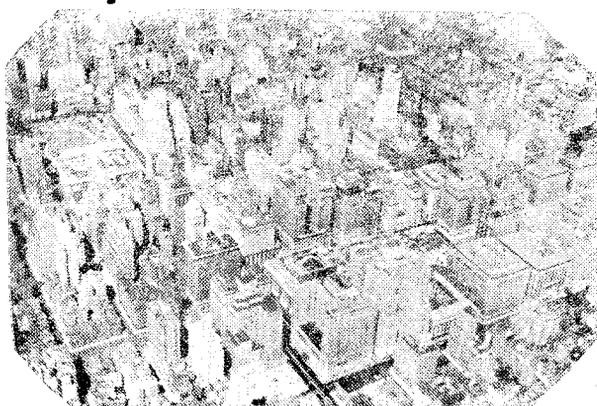
¡Qué horror!... ¡Qué brutos los que esto han levantado !Ah, pero este ¡qué brutos!... es equivalente sólo a ¡qué admirables estos hombres, qué ciclópeos estos yanquis...!

Volvemos a la faena, cobrando ánimos y con cierta confianza en la trabazón de las vigas de hierro, en cuya punta superior estamos, volvemos a sacar de nuevo la cabeza por sobre el atravesano del balcón, para ver la vida a nuestras plantas...

¡Qué altura tan soberbiamente majestuosa!... de aquí se puede ver el mundo todo, con vista bastante fuerte y poderosa. ¿Sería de este porte la montaña a la que fué conducido Jesús, por Satanás, para que contemple el universo que le ofrecía, si postrado le adoraba?...

La primitiva Nueva York, la isla Manhattan, encerrada por los ríos del Este y Hudson, de tres y media millas de largo y de dos millas de ancho, es apreciada desde la cúspide grandiosa de esta torre, en toda su amplia irregularidad.

El panorama de la urbe inmensa, está ligeramente sombrío, en este instante: doscientos treinta mil cajones colosales, desparrramados con cierta simetría, en esta llanada inmensa, confundiendo el rojo del ladrillo cocido, con el gris de la neblina tenue; doscientos treinta mil edificios que tienen por rotonda, no el azul divinamente hermoso de los cielos de Riobamba, ni el éter de transparencias sonrientes de la cúpula de Quito, ni las tonalidades vi-



La gran Sección Central

vidas de la concha de nácar de los admirables atardeceres del dombo de Guayaquil, sino un tul opaco y triste...

¿Y el sol?

No vemos el sol, no obstante rozar, con la cabeza, la morada del sol...

Vemos desde esta punta de torre, en cada punto de esta metrópoli, paisajes que nos maravillan, como éste de esta vista aérea de la gran sección central, cuya llanura erizada de Chimborazos

está dividida en grupos pequeñines, por rectas de varias dimensiones, paralelas entre sí, cortadas por rectas verticales enérgicas, que le dan a la pampa, el aspecto de un tablero.

Vemos que de cada casa arrancan chimeneas gigantescas, de cada chimenea, torbellinos de humo negro, de cada torbellino, hervores arremolinados de espesa oscuridad...

De cada edificio se lanza a los espacios, una torre; de cada torre, una aguja y de cada aguja, un pararrayos o una cruz.

Lanzamos un gran suspiro de satisfacción de conocer tanta grandeza, de medir con la imaginación, tan enorme esfuerzo humano, de calcular siquiera de memoria, tan incalculable acumulo de riquezas; lanzamos, en soliloquio fervoroso, palabras de alabanza a la robusta virilidad de los super-hombres de esta tierra; nos metemos en el ascensor y... a la calle.

¿Por dónde y a dónde encaminarnos?

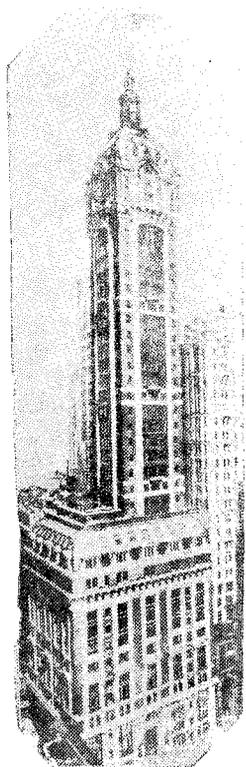
¿A los famosos puentes colgantes del río del Este?

¿A la ruidosa calle de Broadway, por la que ruedan en vertiginoso movimiento, masas de humanidad, en busca de mortales impresiones de terror o de negocios?

¿A dónde encaminarnos?

¿Al Singer Building, de cuarentisiete pisos y seiscientos doce pies de altura o sean doscientos cuatro metros, edificio cuya cima puede verse, de una distancia de sesenticinco millas?

¿A la Quinta Avenida, plana, como las calles más planas de Guayaquil o de Riobamba, limpia como una patena, sin un enojoso y duro riel, rebosante de au-



Singer Building

tomóviles, de ómnibus y taxicabes, de coches y autodiligencias, de veras con palacios bordados de talladuras, en mármoles y pórfidos, de propiedad de los millonarios de esta ciudad esplendorosa?

¿A dónde nos dirigiremos?

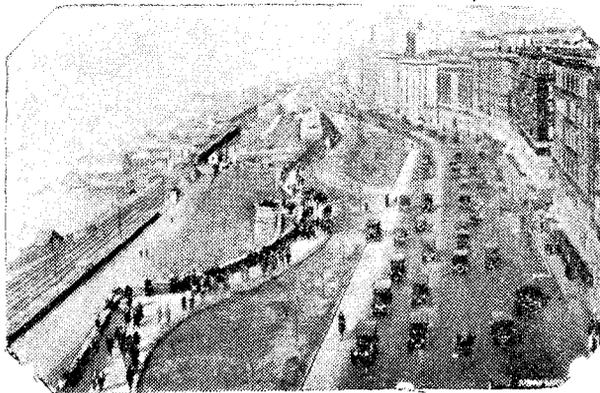
¿Al Acuarium, de amplia y magnífica rotonda circular, destinada a mantener, en sus varios y vastos compartimientos, la vida múltiple del mar y de los ríos?

¿Al imponente Hipódromo, gloria del lujo y de la amplitud descomunal?

¿Al Parque Central o al Parque Bronx?...¿adónde?

Hay tánto que ver y que admirar, en este pequeño planeta, que nos quedamos atónitos y perplejos, sin atinar a dónde dirigirnos.

Con todo hemos llegado a este paraje donosísimo, de nombre *Riverside Drive* (Calzada de la Ribera) en el que sentimos, en toda la amplitud de la palabra, la alegría de vivir, contemplando las rectas, las curvas y los quingos de este riente paseo, ahito de gente que discurre en todas direcciones, gozando de esta joya de Nueva York, arrullada por los rumores del Hudson y halagada por las brisas de este río caudaloso.



Riverside Drive

El más exigente queda plenamente satisfecho del orden que reina en esta calzada; los autos se dejan estar en hilera, esperando las órdenes del gendarme, para desfilar, sin apachurrar a nadie, ni chocar y destrozarse entre sí; los transeuntes siguen la ruta destinada para ambular, llenando las callejas, rebosando en ellas hasta sentir el cansancio del trajín...

Estos palacios de familias opulentas, embellecen esta *Riverside Drive*, hasta tornarla una joya nuyorquina, como dejamos dicho, joya que ofrece encantos no comunes, no sólo a los extranjeros, sino a los mismos yanquis que visitan esta ciudad...

Abandonamos este paseo y andamos por donde Dios nos lo da a entender, viendo y visitando parques, avenidas, y calles y puentes y calzadas, puesto que sólo nos quedamos en esta sultana del Hudson, por conocerla y nada más, y andando sin tasa ni medida, damos sin pensarlo, otra vez en esta indescriptible Broadway.

X

NUEVA YORK, DE DIA

BROADWAY y sus congestiones de vida y movimiento.—La Providencia de BROADWAY: la mujer y el dedo poderoso del gendarme.—Escaparates y modas.—Joyas y pedrerías.

A *Broadway* sale Nueva York, a correr y fatigarse, a fatigarse y vivir de prisa, a vivir de prisa y desbordarse en rudas congestiones de trabajo...

Arranca desde el Parque de la Batería, situado en el extremo Sur de la ciudad, orillas de la gran bahía, arranca *Broadway* y va cosa de media legua, en derechura desesperante hacia el Norte, hasta por allá, por la calle 10, desde donde se inclina hacia el Occidente, en grandes y graves quingos.

Todas las energías de la metrópoli, la vida de esta suntuosa marimacho que respira enormes torbellinos de humo negro, que se perfuma con gasolina y se afeita con ollín, corren en estrepitoso y encontrado tropel, por el gran vaso, por el vaso mayor de este cuerpo invertibrado, pregonando nerviosamente los delirios del movimiento...

Automóviles veloces, aquí, por centenares; coches de gran lujo, y por millares, repletos de millonarias viejas, aquí; tranvías preñados de gente de toda condición, por cincuentenas, aquí; carretas monumentales, tiradas por brutos que rivalizan con un mastodonte, en corpulencia, aquí, atoradas de mercaderías y por millares; ferrocarriles de sonar de trueno, con andares de relámpago, aquí, encima de las cabezas del hormiguero humano... todas las máquinas de locomoción que pudo inventar el ingenio o la necesidad aquí, en esta hirviente *Broadway*, en este brazo de mar epiléptico y feroz, y entre tantas máquinas de ciego caminar, acaso un millón, acaso dos, de gentes de todos los parajes, trotando y

trotando y engrosando con su trotar, las rudas sonoridades de la marejada loca...

Nadie se para, nadie se estanca, en esta calle, porque sin quererlo es arrastrado por el tumbo y estrellado contra los muros de las casas, hasta ser escupido por el torrente, en alguna bocacalle en giro arremolinado y rápido...

Alto aquí, en esta intersección de Broadway y la Quinta Avenida, para ver esta rareza de casa de un metro de superficie curva, en la parte delantera y de doscientos cincuenta metros en línea recta, por atrás y de uno, tres... siete... quince... veinte pisos y tan enorme altura.

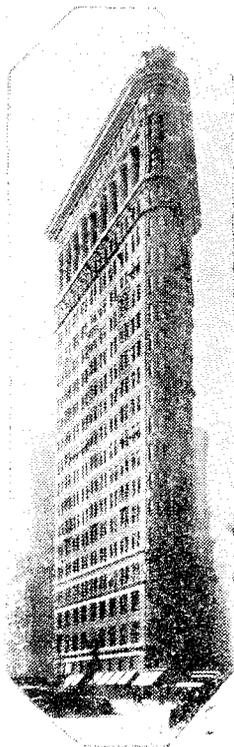
Esta casa es la famosa *Fletiron*, conocida también con el nombre de Casa Plancha, por la figura de este capricho netamente yanqui, de forma triangular, llamado también edificio *Fuller*.

Esta maravilla yanqui es de acero, maravilla cuya construcción costó cuatro millones ochocientos mil dólares.

Este edificio que llama poderosamente la atención, por su originalidad, fué el primer rascacielo que se edificó en esta Nueva York de las originalidades...

Volvamos a la descripción de Broadway... como íbamos diciendo, es cosa de pensar, a las orillas de este Amazonas enturecido, es cosa de pensar si se entra en él... ¿Se saldrá ileso del torrente humano?

Meterse en Broadway es problema de graves meditaciones: cada transeunte debe ser por fuerza, inquieto como el azogue, ágil como un acróbata, vivo como una ardilla, ondulante como una culebra, para salvar a cada instante, la pe-



Casa Plancha

lleja; sobre todo hay que tener ojos, muchos ojos: hay que ser un Argos, en esta *Broadway* correntosa, para no ser triturado por el progreso volador...

Empero hay una providencia en esta vía, para cuidar con portentosa previsión, de los transeuntes; hay dos providencias, para salvar la vida, para evitar desgracias lamentables: el gendarme tan tenido a menos, por los ecuatorianos, y la mujer.

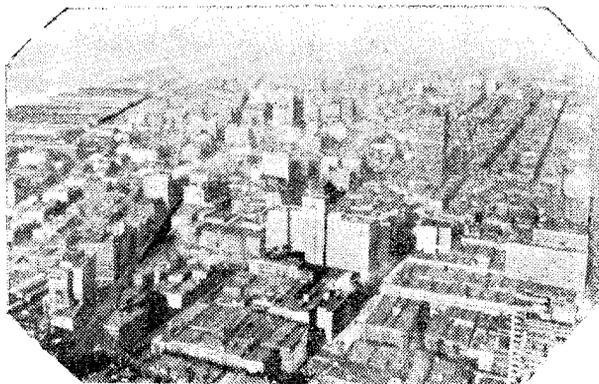
Allí, en esa esquina, le vemos decentemente trajeado, como ente automático, decretando, con el dedo, las intermitencias del movimiento; levanta el dedo y todo para, inclina el dedo y todo corre. Este hombre es el dueño de la locomoción: todo el mundo está pendiente de él; este hombre es una veleta que da vueltas en todas direcciones, impartiendo órdenes en señas: no habla; pero sus indicaciones mudas y rápidas, tienen elocuencia napoleónica: se vuelve a la derecha, recobra la primera posición, gira a la izquierda, da medias vueltas, da vueltas enteras, adelanta medio paso, retorna atrás, con el dedo levantado, con el dedo en erección continua: hombres, mujeres, niños, viejos, autos, coches, carretas... demonios: todo para a los *úkases* de este dedo poderoso, todo para con tal rapidez, cual si el hielo de la muerte cristalizara la vida en un instante.

El gendarme apedreado en las calles de las ciudades ecuatorianas, por las *cholas*, garroteado por los *chullas*, escupido por las personas que se dicen de pro; denostado, vilipendiado, por todo el mundo, es en esta *Broadway*, la cuerda del reloj de la existencia, el freno de la bestia indomable llamada muchedumbre... Verdad que el instinto de la propia conservación contribuye imperiosamente a respetar los mandatos del gendarme, amén de los castigos, sin misericordia, para los infractores de las órdenes policiales.

Es la otra providencia, la mujer; sí, señores, la mujer: seguir, en esta calle, en un inminente peligro, a una mujer, es salvarse, sin remedio. Ella lo conoce con ciencia infusa, con ciencia de previsión, y sabe evitarlo, a las mil maravillas.

Pero, por hablar del gendarme y de la mujer, no les contamos, señores y amigos, que nos trepamos a la cima de la casa-

plancha, para recrear la vista, en el paisaje del *Bajo Manhattan*, lleno de arrogantes edificios que se hundén con gallardía, en las regiones de lo infinito y que tienen por límite, el caudaloso río Hudson...



Bajo Manhattan

Como estamos para ver cuanto se pueda, en *Broadway*, es forzoso entrar de nuevo en el torrente... nos santiguamos como cristianos viejos y zas, en él... trotando, trotando, corriendo y corriendo, vemos muchas cosas lindas, no sin tener mil mortales sustos por minuto... ¡qué falange tan deslumbradora de divinidades de carne y hueso!!

¿Estas son mujeres?

Se duda que lo sean, por estas caras idealizadas, por estas caras de blancura de jazmín, por estas mejillas que arden como los rosicleres de la aurora, por estos cuellos de líneas impecables, nacidos de bustos de contornos que la Venus de Milo codiciara.

Lo que de vez en cuando hemos visto en ciertos escaparates de los almacenes de Quito, o en los de las tiendas de Guayaquil, en forma de donosísimas mujeres de caras de cera sonrosada, de ojos divinamente azules, de cabellos rubios, de luz de sol, de gargantas de líneas puras, vemos aquí, en plena realidad, sonriendo, en eterno desfile, sonriendo sabrosamente, ondulando con flexibilidades de junco, cantando graciosamente el *yes...*

Esta Broadway es la atropellada sucesión de cosas lindas, brillantes y raras, de película de cine...

¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!, ¡un cañonazo!... ¡Jesús!, ¡dos!... ¡cuatro!..., en este instante y en este gentío!... ¡revolución!... ¿quién será el caudillo?

¡Cepos quedos!, que no hay aquí, ni veintiochos de Diciembre, ni diecinueves de Enero, ni cincos de Marzo... no hay aquí, ni revoluciones ni cuartelazos; no!... son explosiones de una... tres, cuatro llantas que martirizadas por el peso y la velocidad de las máquinas rodantes, revientan con tronidos de cañón...

¡Qué urna de tan vastas dimensiones, qué *confort* en ella; qué lujo y qué arte en la colocación de los objetos: al medio dos... diez... quince... veinticinco damas de cera, sentadas en sillas de coquetería de nacimiento de beata rica: únas cruzadas las piernas, mejor dicho; montada la una pierna sobre la ótra, mostrándolas hasta por allá por un poquito más arriba de las ligas... ¿por prurito de indecencia o de falta de recato?

No, para exhibir los zapatos de charol, de raso o de brillo, para exhibir las medias de hilo de Escocia, las medias de seda y las rosetas de las ligas... ótras ostentando en sus cuerpos bonitos adrede, los últimos caprichos de las invenciones de la moda, de lujo tal que produce escalofríos a padres, novios y maridos... A los costados del cristalino salón, señoritas risueñas, señoritas de grandes ojos azules y de boca de bermellón; señoronas graves, de mirar severo y porte adusto; están embozadas de pieles de armiño, de blancura inmaculada; ésas sosteniendo en hombros, finas pieles de gatos de Siberia o de tigres de Bengala; aquéllas, metidas las dos manos, en manguitos de pieles de leopardo de Africa, las de más allá cargadas de cientos de cabezas de animalitos de hocicos sonreídos...

Como este hermosísimo escaparate, en forma de sala de gran elegancia, hay mil, en larga y deslumbrante hilera.

Más allá y más allá... en todas partes hay amplios compartimientos en donde, con arte y coquetería, lucen los *dandys* de la moda, elegancias que hacen agua la boca de los aficionados a vestir pulido; más allá y más allá... en todas partes, piedras finas admirables: diamantes de aguas purísimas, relumbrando como

luceros de la aurora, de tonos divinamente nítidos: perlas de oriente hermoso y de perfecciones inenarrables, de porte la más pequeña, de un huevecillo de jilguero; todos los topacios, las esmeraldas, los rubíes, las amatistas... las piedras más raras, todos los oros relucientes, en cantidades que representan millones...

Hemos trotado y trotado, hemos corrido y corrido demasiado, estamos con la lengua seca y con los pies doloridos y el cuerpo fatigado, para descansar nos metemos en la torre vecina para tener la vista por el lomo de esta desmesurada ciudad, y nos delei-



Vista aérea del Centro Cívico

tamos viendo los paisajes de parques y torres desmedidas, de casas como cajones y palacios como montañas de hierro, viendo paisajes de manzanas de desesperante simetría, como los paisajes que se distinguen, en esta vista aérea del Centro Cívico.

Hemos descansado no sólo por haber dejado de andar, trotar y correr Broadway, sino porque hemos admirado los parajes de Nueva York, deleitándonos en la contemplación de obras gigantescas.

Bajamos y de nuevo nos hallamos en Broadway, pero para libertarnos de este brazo de mar enfurecido, entramos en este almacén rumboso, en el que, no hay duda, volveremos a descansar.

XI

NUEVA YORK, DE DIA

Los almacenes.—Dólares que flotan y escaleras que andan.— Recuerdos patrios.—La pepa de oro.—Chocolates y golosinas.— Obreros e industriales.

¡Por descansar!... si huyendo del torrente de *Broadway* nos hemos metido aquí por descansar, nos hemos equivocado con la solemnidad de misa de San Pedro en Roma. Tiene este bendito almacén de Jhon Wanamak, una área horizontal de casi diez mil metros cuadrados, y encima del primer piso, dos... veinte... treinta...

Al derramar la vista sobre el primer piso, al derramarla sobre los vastos compartimientos que lo componen, nos quedamos de una pieza, cruzados los brazos sobre el pecho, la verdad sea dicha, entre otras poderosas razones, por ésta: estamos entre una inmensa multitud de personas...

¿Cuántos miles?

Si queréis saber el número exacto, ponedlas únas contra ótras, dejando entre persona y persona, el espacio que hay, de una a otra sardina en conserva en una caja, ponedlas en los susodichos metros cuadrados, y sabréis el número exacto...; por estar entre tanta gente, tenemos temor de que vuele, con todos los realejos, la cartera que llevamos en el bolsillo, mas no del *chaquet*, prenda de vestir de nuestra predilección, que aquí no la llevamos, por ser *rara avis* el *chaquet*, en esta ciudad cosmopolita... ¡qué *rara avis!*, juramos que nadie la lleva, en esta época en Nueva York, a ninguna hora.

Hay que cuidarse del *pik pok*, en todas partes, que aquí hay lince para esta hazaña, que la llevan a cabo, en los más perspicaces y avisados personajes...

En este primer piso, se vende sólo objetos que valen diez centavos o menos; camisetas de valor de un sucre, en el Ecuador, aquí diez centavos o menos; chaquetillas de un sucre cincuenta centavos en el Ecuador, aquí diez centavos *et sic de coeteris*...

¡Qué ladrones los comerciantes del Ecuador!... no creemos que lo sean, suavizando el adjetivo; pero si nos preguntamos, ¿por qué quiebran los comerciantes de nuestra nación, vendiendo como venden, los pobrecitos con una ganancia más que italiana, con un quinientos por ciento, y eso que dizque en Europa son más baratas las mercaderías?...

Que quiebren por lo que les dé la gana, ésta no es hora de averiguar de causas de quiebras, sino de ver cuanto vemos... Los dependientes sólo traginan en el radio del correspondiente compartimiento; el precio de venta se lo remiten de cada uno de éstos a la caja respectiva, mediante el *chasqui* de nuestros aborígenes. El inmenso almacén está cruzado de alambres, en todas direcciones; de cada uno de éstos pende un garfio corredizo, que sostiene una canastilla... ¿se ha vendido el importe de dieciocho dólares y se ha recibido en pago, una moneda de veinte?... pues se mete la moneda, en la canastilla juntamente con el objeto vendido y el apunte del precio, se da un impulso a la canastilla, con dirección a la caja; vuela hasta cierto lugar; aquí se la recibe, se saca el contenido, se cobra, se pone dentro la vuelta y lo demás, se le da un impulso en dirección contraria; se la recibe, se saca la vuelta y la cosa vendida, se las entrega al parroquiano y asunto concluido. Lo que pasa aquí, pasa en todo el almacén, y en la enmarañada red, flotan los dólares con movimiento de vuelo rápido... Caminamos hasta medio almacén, abriéndonos paso difícilmente, atraídos por la curiosidad de ver cómo suben a los otros pisos esas masas de gente, por escaleras que andan...

Son éstas, ascensores de doble uso: unos se colocan en el plano adaptado con toda regularidad al del piso del almacén y suben, sin dar pasos, por el plano inclinado de la relumbrante escalera que anda automáticamente; otros, los más apurados, los que viven mascullando esta sentencia: el tiempo es oro, hacen doble ascensión: al tiempo que el ascensor funciona, dan pasos en los peldaños, en la misma dirección, y llegan los primeros.

Nosotros que tenemos la lengua fuera, de cansancio, no hacemos doble ascensión: nos contentamos con pisar en el primer peldaño de la escalera milagrosa y le dejamos todo el trabajo del movimiento... ya estamos arriba... aquí vemos brazos fornidos y desnudos y pechos enrojecidos, al aire, dentro de un redondel con máquinas y vemos personas que no sólo mascan, sino que comen en toda regla, en torno de ellas... nos acercamos y vemos que en un santiamén, se fabrica deliciosas y delicadísimas pastillas de chocolate... aquí la *pepa de oro* con su olorcito peculiar, nos recuerda, por sabida asociación de ideas, nos recuerda el Malecón de Guayaquil, por allá por donde están las casas de exportación de L. Guzmán e Hijos, de Aspiazú, etc., etc., ahí, en una especie de tolva, entra la tostada pepa de oro y yendo de cajón en cajón y de compartimiento en compartimiento, sale allá, al otro lado, en gruesos y olientes bastones de masa, dispuestos a ser moldeados en figuras de relieves y tamaños diferentes... estos bastones, mejor dicho; estas gruesas serpientes que refinan la golosina, se pierden en las quiebras de la máquina, para salir por ese costado, en trocitos arrojados en brillantes oropeles... todos comen, pagando por supuesto... de aquí al otro piso; nada hay aquí a diez centavos... todo es terciopelos y sederías solamente... pero en ese grupo espeso ¿qué hay?

Grandes telaras en que con maestría sin igual, tejen telas de seda, los obreros... de este piso al otro y al otro y al otro, al de más arriba, al último ¡cuánta industria!, ¡qué capital desesperante, empleado en el negocio!!, ¡qué número tan fabuloso de empleados!!...

¿Quinientos?, ¿mil?

Mucho más; para vender desde un centavo de manteca y de pescado, hasta perlas preciosas y piedras finísimas, pasando por todos los artículos de trapo, habidos y por haber; por todos los objetos de metal; por todos los objetos de loza, por todos los objetos inimaginables... un ascensor... estamos en la calle y de nuevo en la vertiginosa *Broadway*.

XII

NUEVA YORK, DE DÍA

La locura de mascar.—La fiebre del anuncio.—Otra vez en Broadway.—Tumbos de hombres y de razas.—Tres días de cárcel, por mirar a una mujer.—Procesión de sombras.—Monstruos de piedra y hierro.—Es forzoso salir.

Empezamos el trote, pero ya no como antes, sino mascando pedacitos de goma, que nos hacen el favor de proporcionarnos un tantico de humedad en la boca; empezamos el trote, ya no sólo moviendo raudamente las piernas, sino también las pobres mandíbulas, porque en esta bendita Nueva York, juramos que nadie anda, trota, ni corre, sino mascando, mascando... ¡todos mascan en carros, coches, tranvías, autos, ferrocarriles, plazas, calles y avenidas, sin descansar...!

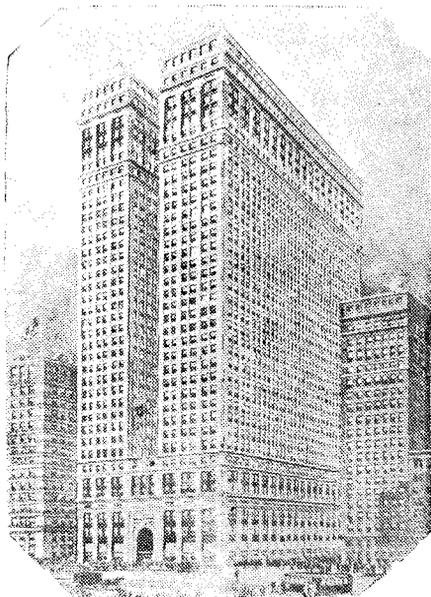
Da desesperación de ver este moverse de quijadas, en todas partes y a todas horas: todo se hace aquí mascando, mascando y mascando...

Por esto empezamos nuestro acompasado trotecito, mascando pedacitos de goma, por eso lo continuamos calle arriba o calle abajo, que da lo mismo, para los fines de mascar, dando pávulo a la santa curiosidad que nos agita, mascando, contagiados por esta manía universal de mascar...

Y mascando y trotando llegamos otra vez a esta calle Broadway, en la que admiramos la grandiosidad de los rascacielos, como este *Equitable Building*, que publicamos como muestra, para que se vean las proporciones gigantescas de las casas nuyorquinas, y para que se pueda contemplar cuán diminuta aparece la estatura de los hombres, al pie de los colosales rascacielos; no obstante habérselo construído poco antes de darse a la estampa este libro.

Y mascando y trotando pasamos por delante de muy amplios escaparates de duro cristal de roca, llenos de maniqués de seño-

ritas, en camisión, que al parecer se dicen risueñamente secretos de alcoba... llenos de aves de plumas ricas en combinaciones de colores, traídas de los más apartados rincones de los bosques, en donde el clima y el aire les han rizado sus plumas, en donde el sol se las ha pintado con los tonos más delicados de su paleta y las ha hecho vistosas, con las policromías más sugestionantes de su pincel... pasamos, en sig-zag, para ver de lado y lado, la gran feria de cosas extrañas, de cosas raras, de productos de todo el mundo, sacados devotamente de los tres reinos y vemos, señores, cada cosa chica o grande, valiosa o baladí, común o rara, de la nación o forastera, cada cosa con su anuncio, cada cosa con su cartelón, cada cosa con su combinación de figuras, cada cosa con sus tallados de letras, cada cosa con sus sorpresas trabajadas para lograr que los transeuntes fijen la atención, trabajadas con ingenio y con destreza... *Broadway* por arriba, por abajo, por delante y por detrás es el abigarramiento más chillón y desesperante de anuncios de colores fuertes... Todo tiene la explicación de sus virtudes, todo tiene la noticia de sus grandes excelencias, todo tiene la ponderación de sus raras cualidades, en enormes letreros, en rótulos gigantescos, en bandas templadas del uno al otro lado de la calle, que gritan y que gritan siempre a todo gritar, en lumbraradas de colores crudamente extravagantes



Equitable Building

y extrambóticos; que gritan de ventanas y escaparates, de puertas y balcones, de arcos y de postes, de cúpulas y torres, de cumbrés, de pararrayos y de agujas... que gritan: "comprad".

Convencidos estos yanquis de la verdad de que anunciar es vender, han hecho del anuncio un abuso, y anuncian en gritos de colores, abusivamente, porque todos quieren vender, resultando de este afán de anunciar así, cada frente de almacén o frontis de edificio, cada ventana y cada puerta... un conjunto ampuloso de varios colores... ni Churriguera se hubiera lucido tanto como estos buenos yanquis, en el amontonamiento de colores tan chillones.

En este ruidoso Amazonas de vida, riquezas y negocios, desagan la vida y caudales y negocios de las otras arterias de la ciudad; ruedan tumbos de hombres y de razas, empujándose los unos a los otros y formando con el rumor de sus hablars exóticos y raros, un inmenso y sordo rumor de marejada indescriptible; corren y corren ansiando convertir a toda prisa, sus capacidades, sus tendencias, sus esfuerzos y capitales, en dólares todopoderosos...

Es esta la *Broadway* de cosas singulares... vemos que salta del tranvía un caballero y detrás de él, desciende una mujer, se dirige ésta al gendarme de la esquina y mostrando con el dedo al caballero, se expresa así: "ese hombre me ha mirado larga y detenidamente, en el tranvía", y se aleja y se pierde en el hervor humano...

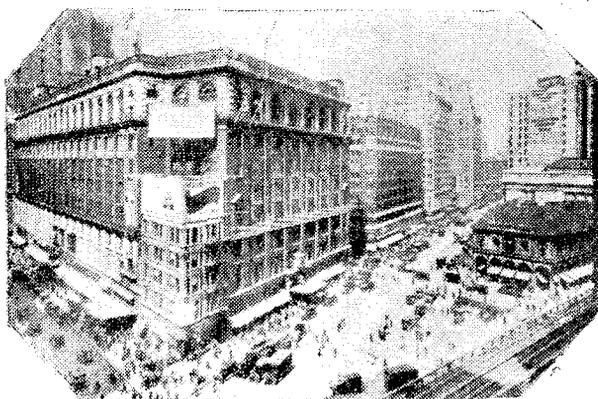
Sin otro testimonio, decreta el guardián del orden y de la seguridad, tres días de prisión para el imprudente de mirar largo y detenido. ...¡Oh país de la libertad, en donde no es posible ni mirar a una mujer, sin exponerse a ir a la cárcel por tres días...!!

Desde este momento procuramos seguir nuestra peregrinación de curiosidad, sin mirar a estas *mises*, porque si

"Por una mirada un mundo,
Por una sonrisa, un cielo,
Por un beso, yo no sé
Lo que diera por un beso".

al decir del poeta; no estamos para ir por tres días a la cárcel, sólo por ver a estas yanquisitas de andar menudo, inmunizadas por la policía, de las miradas de los curiosos...

Corremos calle y más calle y lo que aparece a nuestro frente, de lado y lado, es una procesión de sombras gigantes, en los perfiles de la lejanía, y más cerca, siluetas con aristas endurecidas, y más de cerca, cumbres de proporciones que fatigan la imaginación, agujas que suben y suben derechamente a lo infinito... nos detenemos un instante, nos volvemos hacia atrás y tendemos la mirada sobre el camino recorrido y vemos que van, en desfile eterno, los monstruos de piedra y hierro, vemos que van desvaneciendo sus empinadas rigideces, que van borrando la claridad de sus contornos, que van perdiendo lo escarpado de sus insolentes prominencias, allá en el fondo de la bruma...



Plaza Herald

Trotando y corriendo llegamos a esta Plaza Herald en la intersección de las calles Broadway, 34 y Avenida Sexta, plaza que demuestra las agitaciones sonoras del tráfico de peatones, carros, autos y ferrocarriles y al fondo, los enormes almacenes de R. H. Macy & Co., acaso y sin acaso, los más grandes del mun-